



LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO CERVANTES BALMES CISNEROS

EPOCA 3.^a—AÑO VIII.—TOMO VI.

NÚMERO 35.—Madrid, 15 de Junio de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.
Seis meses..... 39 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO,
Seis meses..... 2 1/2 ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PEREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

[EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO—

Seis meses..... 3 1/2 ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO.

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica*, por D. Isern.—*Una presentación*, por Blás.—*Del poderoso influjo de la lectura sobre las costumbres*, por Nogués.—*Arte litúrgico*.—*Un cuento*, por Andersen.—*El héroe de Gébora*, (poesía), por Martínez Parga.—*Los grabados*.—*El Mártir de un secreto*, (continuación), por Raul de Navey.—*Geográfico*.—*Anuncios*.—*Advertencia*.—*Recomendación*.

GRABADOS.—*Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria*.—*Nuevo palacio de la Academia Imperial de Bellas artes en Viena*.—*Exposición de Minería en Madrid*.—*Emmo. Sr. Cardenal Granvela*.

REVISTA



PARA ser cronistas fieles de los sucesos que embargan la atención pública, deberíamos comenzar esta revista con el epígrafe siguiente: «Murmuraciones, escándalos y desafíos.»

En los periódicos, en los cafés, en las calles y paseos se murmura con frases misteriosas y entrecortadas, y ya no hay nadie que ignore de los sucesos preguntado, ¿qué pasa? sino que al contrario, dando la cosa por muy sabida, se pregunta, ¿qué se sabe de nuevo?

Por lo que hace á los desafíos, la prensa ha descornado el velo publicando las cartas de los interesados, que son nada menos que dos grandes de España, y el director de un periódico republicano.

Pero aun en este punto son tantos los puntos negros, que no hay manera de ver claro. El director del periódico dice:—¿Por qué me vienen ustedes á desafiar?—Y dicen ellos:—Por un suelto del periódico que usted dirige. Y el director replica.—¿Qué hay en ese suelto que á Vds. les haya ofendido? Los grandes contestan.—A nosotros nada, pero es igual. O rectifica V. ó se bate. Y el periodista vuelve á replicar—díganme Vds. qué es lo que quieren que rectifique, y qué representación traen Vds. para el caso. Los demandantes insisten.—No damos más explicaciones: ó rectificación ó duelo. Tal es el estado de la cuestión.

Nosotros, lamentando el espectáculo que estos días está dando el público novelero de Madrid, doliéndonos de todo lo que pasa, pedimos á Dios que aplaque el rigor de su justicia, para que brillen en nuestro

hermoso Cielo días de claridad y de gloria, que desvanezcan las sombras de las miserias presentes.

..

Mientras en Jeréz se juzga y se condena á los infelices instrumentos de la *Mano Negra*, campesinos ignorantes á quienes la revolución ha logrado fascinar con sus mentiras; en Zaragoza se consiente y ampara la asamblea federal-pactista, compuesta

¿Qué deducciones sacará de aquí la lógica popular más eficaz á veces y siempre más práctica que la lógica de las escuelas?

Si los anarquistas de Jeréz son acreedores á ejemplar castigo; si sus robos y asesinatos perturban el orden social, amenazando de muerte á la sociedad española y á sus instituciones fundamentales. ¿Cómo se consiente que al amparo de la ley común se formen nuevas falanges socialistas, que agraven el mal y preparen mayores catástrofes y nuevos crímenes.

El contraste que están ofreciendo las discusiones federales de Zaragoza y los debates forenses de Jeréz, es tan elocuente, que el solo debería bastar para abrir los ojos á los pocos alucinados que aún quedan en España.

En Zaragoza los maestros, en Jeréz los discípulos; en Zaragoza las teorías, en Jeréz los hechos; en Zaragoza las causas, en Jeréz los efectos; en Zaragoza a los combustibles, en Jeréz las llamas; en Zaragoza la demagogia amparada por las leyes, en Jeréz las leyes castigando á la demagogia, en Zaragoza sembrando vientos y en Jeréz recogiendo tempestades.

Tal es la justicia del derecho moderno.

..

Ha venido á coincidir con la temporada de los viajes una cuestión de grande interés para los viajeros españoles; la de la rebaja de las tarifas de los ferro-carriles.

El ministro de Fomento ha propuesto la rebaja del 10 por 100; pero las compañías, representadas por sus consejeros, todos políticos de alta talla que perciben por estos cargos sueldos de gran consideración, han salido al frente, oponiéndose á la rebaja, sin otra razón—para las compañías, la mayor que puede haber—que el perjuicio que á ellas se les ocasiona.

En cambio el público, representado en esta ocasión por los periódicos y por los diputados y senadores que no son consejeros, reclama á voz en cuello la rebaja proyectada, fundándose en mil razones, á cual más respetables y convincentes.

En honor de la justicia debemos consignar aquí la opinión del Sr. Montesinos, director de la Compañía del Mediodía, que nos parece la más acertada, equitativa y patriótica.

—¿Quereis, ha dicho, facilitar las comunicaciones rebajando un 10 por 100 en las tarifas de viajeros?

Pues, yo os propondré el medio de que la baratura de los viajes sea más positiva. Las Compañías renunciarán al 10 por 100 y el Estado renunciará á su vez el 15 por 100 que impuso en beneficio suyo;



EXCMO. É ILLMO. SR. DR. D. MARIANO MIGUEL GOMEZ,

OBISPO DE VITORIA.

de los maestros y apóstoles de la *Mano Negra*, es decir, de los sectarios que con sus doctrinas y con sus conspiraciones han enseñado á los anarquistas de Jeréz el camino de todos los crímenes.

¿Sistema singular de moralizar y corregir á los pueblos! Los anarquistas de Jeréz ejecutan las doctrinas de los federales de Zaragoza, y mientras que se ampara con el escudo de la ley á los maestros, se condena y persigue á los discípulos más aprovechados.

de este modo los viajeros obtendrán una ventaja de un 25 por 100; es decir, una cuarta parte del precio actual de los billetes.

La proposición del Sr. Montesinos es acertadísima, pues con rebajar el 10 por 100 no se conseguirá el resultado que se busca. ¿Qué representa esa rebaja en los viajes cortos, los más frecuentes en España y los más beneficiosos tal vez para la comunicación de los pueblos comarcanos? Apenas nada. En cambio el 25 por 100 es una rebaja importante y de resultados seguros para todos los viajeros, así de cortas como de largas distancias.

Pero por lo mismo que es tan acertada y patriótica, es casi seguro que no se aceptará la rebaja propuesta por el Sr. Montesinos. Gracias con que el peso de los Consejeros de las Compañías no derribe el proyecto del 10 por 100, sacrificando una vez más el interés público en aras de los intereses particulares.

Nos ha entrado la manía de las Exposiciones y no vá á quedar titere quieto en España, que no venga á esponderse á nuestras miradas.

Se proyectan las siguientes exposiciones: la gran Exposición hispano-colonial, dirigida por el ayuntamiento de Madrid; la Exposición Ibérico-Americana patrocinada por la Sociedad Económica Matritense; la Exposición de Bellas Artes, que organiza trienalmente el ministerio de Fomento, y la Exposición de objetos fabriles é industriales, promovida por varios aficionados.

Casi todas estas Exposiciones se anuncian para breve plazo, es decir, para el año próximo, pues aunque el tiempo es lo que menos nos apura, vendría corto para cumplir en este año con tan larga tarea.

Siguiendo así, el furor de las Exposiciones llegarán á crear en España nuevas carreras, por que será preciso formar un cuerpo de organizadores de exposiciones, otro de espositores y quién sabe si será preciso — que ya se dan casos en los Estados-Unidos y en Inglaterra — de buscar personas dignas de esponderse, que acudan á las Exposiciones á que se las llame, y vivan á costa del público que se complazca en contemplarlas.

De todas estas Exposiciones debe pensarse lo mismo que de las carreras de caballos, cuyo objeto oficial, por decirlo así, es el fomento de la cría caballar; pero cuyo objeto positivo es la diversión y provecho de las personas que corren con la organización, ejecución y resultados de la fiesta.

Las artes, la industria, las ciencias, sacan de estas Exposiciones lo que el pescador de caña del caudal de los ríos ó de las olas de los mares; mucho aire, mucha humedad, mucha paciencia y algunos peces tan chicos que no abastecen el hambre del día.

En el Colegio de abogados de esta Corte acaba de darse una batalla electoral. Conservadores, ministeriales y demócratas se han disputado el decanato, como una jauría de galgos la liebre que se les pone delante. Han triunfado los conservadores, no sin la consiguiente protesta de los demócratas, capitaneados por el Sr. Marros.

Las personas imparciales han censurado la batalla, como impropia de un cuerpo profesional, — que debe mantenerse alejado de la política palpitante; pero si se considera que la profesión de abogado se mantiene á costa de la contradicción y discordia de los hombres, nada más verosímil que una lucha, sea como quiera, entre los gladiadores del Foro.

Lo malo será que estalle una lucha semejante en el Colegio de San Carlos ó en la Facultad de Farmacia, porque entónces los bisturís y los botes de vitriolo tendrán que reemplazar á las palabras y á los birretes, y la lucha será sangrienta como una disección, y violenta como una explosión de ácido sulfúrico.

El triunfo de los conservadores ha tenido, según dicen, sus puntos negros: parece que han votado su candidatura algunos colegiales difuntos, evocados

de sus tumbas por el clarín de los húsares de Antequera. ¿Qué respetará ya la política, cuando así invade los dominios de la muerte, llevando la guerra á las mansiones de la eterna paz, y esplotando en su beneficio el sufragio de los difuntos, en vez de aplicar á los difuntos los sufragios de las oraciones cristianas?

Pero los errores de los abogados son como los errores de los médicos; estos los tapa la tierra y aquellos los descubre; los muertos han revelado los vicios de la elección, protestando con su mudo lenguaje contra las intrigas de la política.

La revolución de Setiembre, para acreditar su omnipotencia, ideó una contradanza de ilustres difuntos, y en efecto, vimos un día cruzar la Puerta del Sol en dirección de San Francisco el Grande y al compás del himno de Riego á Lanuza y al Gran Capitán, á Calderón y á Lope de Vega y á otros no menos célebres personajes, sacados de sus tumbas venerandas, para constituir con ellos un Panteón Nacional, en honra y gloria de la Revolución española.

Hacinados y cubiertos de polvo los hemos visto después en las Capillas de San Francisco, ostentando todavía las banderas de percalina que sobre ellos puso la Revolución progresista, sin que el Panteón se llevase á cabo, por más que se estampase el título sobre la puerta del suntuoso templo.

Poco á poco los ilustres difuntos han ido emancipándose de tan odiosa tutela, reclamados por los pueblos que ántes se honraban con sus cenizas; pero como aun quedasen algunos, parece que el Gobierno, dando una prueba de buen sentido, ha dirigido una circular reservada á los pueblos que no han reclamado sus muertos, para que lo hagan cuanto ántes y desaparezca hasta la última huella de aquel Panteón Nacional, con que se ufano en su día la Revolución española.

¿Qué mucho que la política invoque los sufragios de los muertos, cuando así ha jugado con las cenizas de españoles ilustres?

Se ha puesto hace pocos días á la venta un libro más terrorífico aun que las *noches lúgubres* de Cadalso. Titúlase *Alimentos adulterados y defunciones*.

Leyendo este trabajo, envidia uno la alimentación de los cartujos; porque es imposible sentarse á la mesa sin el terror de pensar si de aquella comida saldrá uno envenenado.

El autor del libro calcula que pasan de 8.000 las defunciones que anualmente producen en Madrid los alimentos adulterados. Distribuyendo las 8.000 víctimas en los días del año, resulta que diariamente caen 22 personas desde la mesa al sepulcro.

Sin forzar la lógica de las palabras, puede decirse que el comercio de géneros alimenticios es en Madrid una gran compañía de envenenadores, y los mercados, por consiguiente, centros de mortandad, más temibles aun que los tribunales de la *Mano Negra*.

¿Qué hacen las autoridades para contrarestar esta serie de crímenes cometidos impunemente y pagados á peso de oro?

Muy poca cosa: el autor del libro á que aludimos demuestra que el exceso de mortalidad en Madrid sobre la proporcional de Londres, es debido á la incuria de gobernantes y gobernados.

Sirva de remate á esta crónica y de comentario al párrafo anterior esta sentencia de un sábio, que dijo: — «Los males de la cabeza comprometen la salud y la vida de los pueblos.»

NULEMA.

CRÓNICA.



o es posible desconocer ó negar que en estos últimos días se ha despejado algún tanto el horizonte en el centro de Europa por lo que hace singularmente á la situación de los católicos y á los intereses de la Iglesia.

Las negociaciones por tanto tiempo proseguidas entre la Santa Sede y Prusia, han sido coronadas por la presentación de un proyecto de ley al Landtag prusiano en que el Gobierno de Berlín da satisfacción á las justas reivindicaciones de los católicos sinó en la medida que se deseaba, por lo ménos en la que podía y debía esperarse.

Quizás pueda afirmarse resueltamente que el indicado proyecto de ley traspasa los límites de lo que no pocos católicos de Alemania esperaban.

Prueban lo que se acaba de afirmar, las declaraciones de la prensa católica que unánime anuncia que el Centro votará en el Landtag prusiano el indicado proyecto de ley, por más que este no sea, como debiera, la exposición de la verdadera tesis acerca de las relaciones que deben existir entre la Iglesia y el Estado.

Por el nuevo proyecto, el Estado renuncia á exigir á los Obispos que les comuniquen los nombramientos de ecónomos y de vicarios, aunque si los de curas-párrocos. Respecto de estos nombramientos y de los de Canónigos y Obispos, el Estado se reserva su derecho de veto que habrá de fundarse necesariamente en motivos de orden civil ó político.

Las razones en que se apoye el veto deberán ser espresadas, y se podrá reclamar contra él dentro del plazo de treinta días, si bien el ministro de Cultos es quien deberá resolver en definitiva, lo cual quita mucha importancia al derecho de reclamación.

En realidad, el artículo 3.º del proyecto es el más importante. Por él desaparecen las jurisdicciones del llamado tribunal eclesiástico en lo que concierne á la investidura eclesiástica, al ejercicio de la dignidad episcopal y á la disciplina é instrucción del Clero.

Con este proyecto de ley desaparecerá, si es aprobado, la parte más inicua de las leyes de mayo: el llamado derecho de veto absoluto de la autoridad civil á los nombramientos eclesiásticos; la obligación de los aspirantes al sacerdocio de estudiar y recibir los grados en los establecimientos públicos de enseñanza, y la sujeción completa del Clero al titulado tribunal eclesiástico compuesto de juristas seculares.

El proyecto de ley viene á derogar también las disposiciones que impedían á los sacerdotes decir la misa y administrar los Sacramentos sin autorización de las autoridades civiles.

Al mismo tiempo que el príncipe de Bismarck presentaba al Landtag prusiano este proyecto de ley, Monseñor Mermillod comenzaba una parte principalísima de la misión que le ha confiado León XIII en Suiza, y singularmente en su nueva y vasta diócesis.

Ha visitado Monseñor Mermillod en Berna á los miembros del Consejo federal, y les ha espuesto los vivísimos deseos del Padre Santo de ver al estado suizo reconciliado con la Santa Sede, y reanudar las relaciones diplomáticas con el Vaticano.

De este modo, añadía el ilustre confesor de la fé, todas las dificultades que puedan nacer entre la Iglesia y el Estado tendrán fácil é inmediata solución.

Después ha visitado monseñor Mermillod á varios gobiernos cantonales no católicos, y á todos ha espuesto las intenciones de Su Santidad respecto de la reconciliación del estado Suizo con la Santa Sede.

Contra lo que se esperaba, los radicales del Consejo federal no han recibido mal, ni muchísimo mé-

nós, las manifestaciones de monseñor Mermillod; han declarado, ántes bien, que desean la reconciliación de la Iglesia y el estado dentro de los términos prescritos por la Constitución federal, y se han mostrado dispuestos á entrar en negociaciones para restablecer la legación de Suiza en el Vaticano.

Se espera que este verano podrán ultimarse estas negociaciones, apenas comenzadas, durante la permanencia del Emmo. Sr. Cardenal, secretario de Estado de Su Santidad, que por prescripción médica deberá tomar aguas en Suiza, segun anuncian los diarios católicos de aquella República, que pasan por mejor informados.

Hablando de la Suiza Católica y de monseñor Mermillod, es imposible dejar de decir algo del soberano impulso que han recibido las obras religiosas de Lausanna y de Ginebra desde que aquél insigne Prelado ha tomado posesión de su nueva diócesis.

Desde aquel instante se han multiplicado el número de miembros, y los productos de estas obras, ingresando en ellas muchos que pasaban por católicos frios; ó mejor dicho, tocados de la indiferencia, que es la lepra de estos tiempos.

Ultimamente se ha celebrado en el cantón de Friburgo la asamblea cantonal de la Obra de Pío IX, y á ella han acudido las autoridades civiles y jurídicas, y el pueblo todo, con sus diputados á la cabeza, presididos por un delegado de la autoridad eclesiástica.

Con razón ha podido decir en esta asamblea el activo y celoso Sr. Schorderet fundador benemérito y propagador incansable de la Obra de San Pablo, que el Cantón de Friburgo es el único Estado de Europa en que es un hecho el imperio social de Jesucristo sobre la sociedad.

En efecto, en Friburgo, no sólo es católico el Estado, sino que lo es el Presidente del Cantón; lo son sus ministros; lo es en su casi totalidad el Parlamento; lo son todos los representantes y dependientes de la autoridad. Consecuentemente con las creencias religiosas de estos, la subordinación del Estado á la Iglesia, en todo lo que esta subordinación debe existir y permite la Constitución federal, se realiza, como era un hecho en Europa, ántes que el Protestantismo en Alemania y en Inglaterra, y más tarde el liberalismo en las naciones latinas, apartasen á los Gobiernos de la recta senda que deben necesariamente seguir.

La Asamblea cantonal de la Obra de Pío IX ha dado grandes frutos para la propaganda católica en Suiza. Monseñor Mermillod ha trazado un nuevo programa de propaganda, que ha sido acogido con grande aplauso por la Asamblea.

También se ha acordado dar nuevo impulso á la Obra de San Pablo, que ha realizado en Suiza y realiza en Francia y en Alemania verdaderos prodigios en materia de difusión de la buena prensa y de lecturas piadosas.

Han declarado varios periódicos autorizados, que Monseñor Mermillod se propone extender la acción de dicha obra á la publicación y propagación de obras científicas de notoria importancia, para la defensa religiosa de las verdades católicas contra los ataques que les dirigen los modernos racionalistas y materialistas.

Comienzan á recibirse consoladoras noticias de la permanencia de Monseñor Vannutelli en Rusia, como representante de la Santa Sede en el acto solemnisimo de la coronación del Czar Alejandro III en la antigua Moscú.

A pesar de que las autoridades moscovitas quisieron evitarlo, el viaje de Monseñor Vannutelli á través de Polonia, fué un señaladísimo triunfo para la Iglesia.

Sin previos anuncios, todo el pueblo polaco supo á qué hora había de pasar por las estaciones del ferro-carril el insigne Prelado, y de todas partes acudió á saludarle, á pedirle su bendición, á esponerle sus sufrimientos y penas, á aclamarle con una fé y un entusiasmo que recuerdan los tiempos más gloriosos de la Iglesia.

En los distritos ocupados por los griego-unidos, la manifestación revistió un carácter singular. El pueblo se arrodilló sobre los rails para impedir que

el tren se pusiera en marcha hasta que sus representantes hubiesen hablado á monseñor Vannutelli, y consiguió por completo su objeto. El ilustre Prelado y su séquito lloraban de ternura diciendo y repitiendo que jamás habían visto tanta fé en Israel.

En Moscú se dispensaron al representante de la Santa Sede toda clase de atenciones, ya por parte de los Emperadores, ya por parte de sus ministros y representantes.

Presidió monseñor Vannutelli al cuerpo diplomático en cuantos actos tomó parte, que fueron los no religiosos, pues, claro está, que no podía autorizar con su presencia las ceremonias de la iglesia cismática ortodoxa, y en las comidas oficiales á que asistió ocupó siempre sitios de preferencia.

Al ser recibido por Alejandro III, después de felicitarle en nombre del Padre Santo por su exaltación al trono de sus antepasados, por haber hecho justicia á no pocas reclamaciones de sus súbditos católicos, manifestó sus deseos, que son los de la Iglesia, de que el culto católico recobre en Rusia su perdida libertad y de que se alivie la desgraciada situación en que se encuentra el pueblo polaco.

Ofreció el Czar proteger al catolicismo en su imperio, y atender las quejas de los polacos y singularmente de aquellas poblaciones que se ha querido arrastrar en vano al cisma, sin lograr otra cosa que aumentar el número de mártires de la fé católica.

Es imposible, aun á los sectarios mismos, dejar de ver la mano de la Providencia en determinados hechos.

El día 3 de Junio se celebraba por los revolucionarios de Italia el aniversario de la muerte de Garibaldi. Dos mil sectarios se reunieron en la plaza del Pueblo de Roma y subieron en impia procesión al Capitolio á depositar nuevas coronas al pié de la estatua de aquel enemigo implacable de la Santa Sede.

Por supuesto, aquellos sectarios aprovecharon la circunstancia de pasar por delante de las embajadas de Austria, cerca de la Santa Sede y cerca del Quirinal para victorear á Oberdank y para reivindicar la posesión de Trieste por Italia.

A la caída de la tarde regresaban tranquilamente á sus casas, cuando les sorprendió una terrible noticia. Su jefe reconocido, el célebre demagogo Alberdo Mário, director de *La lega della democrazia*, el periódico de Italia que con más impia saña combate á la Santa Sede y llena de insultos al Vicario de Jesucristo en la tierra, acababa de morir en aquel mismo día, en un pueblo del Piamonte.

El hombre que había pasado la vida blasfemando de Dios, de la Virgen y de los Santos; el autor de tantos y tan groseros artículos y discursos contra Pío IX y contra León XIII; el que llamaba al Papa actual el ciudadano Pecci, cuando no le aplicaba algun grosero calificativo, había muerto... de un cáncer en la lengua.

Su muerte fué un cuadro horroroso de desesperación. Su pintura llena el corazón de espanto.

El Galileo le había vencido.

Mário, en su impotencia, lanzaba entre gritos de dolor, horribles imprecaciones contra su Dios. Murió sin querer confesar su vencimiento.

¡El cielo haya tenido piedad de su alma!

D. ISERN.

UNA PRESENTACIÓN.



UE me porté como un torero de invierno en la corrida ó artículo anterior.

Que anduve remolón, huyendo el bulto al asunto principal y paseando el penceo por el redondel de las divagaciones, como un picador tumbón que elude la suerte de varas y no vá resueltamente á los tercios á buscar al bicho.

Que no supe colgar con gracia un par de rehiletes á los marrajos adversarios de nuestra fiesta nacional.

Que me atragué de asunto, como un matador

de cartel se atraca de toro en el momento de largar la estocada.

Que no acerté á herir la cuestión en sus verdaderos rúbios hasta mojar los dedos, y que fué preciso, por falta de luz, rematarla de un golletazo, sin arte y sin inteligencia...

Todo esto y mucho más me han dicho los asistentes á la corrida que, con permiso del Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, me atrevi á dar el día 5 del corriente, á beneficio de un venerable anciano, que tuvo en sus tiempos un pasar muy decente y hoy ha venido muy á ménos: el Sr. Sentido Común.

Hasta mi fiel criado Roque se me ha subido á las barbas con ocasión de aquel malhadado artículo.

Y aquí encaja perfectamente presentar á ustedes este viejo servidor, á quien sólo por acomodarme á la claridad del lenguaje, he llamado *criado*, puesto que le considero como miembro de mi familia, en la cual está incrustado desde hace sesenta años, prestando servicios que no se pagan sino con la estimación y el cariño.

Roque es cuatro años más viejo que yo, circunstancia que él no se aviene á reconocer sino después de discutida. No quiero decir los años que tiene, porque equivaldría á revelar los míos.

Roque es honrado, sin hacer de ello alarde; leal, trabajador, inteligente hasta donde puede serlo un hombre sin más instrucción que la que por sí propio ha adquirido leyendo sin orden ni concierto cuantos libros han caído en sus manos; algo socarrón y malicioso; enemigo por sistema de todo lo extranjero, buen cristiano... En fin, sería el prototipo del *español neto*, si no fuera por su terca é invencible aversión á los toros.

Cien veces le he dicho: «Roque, es necesario que te corrijas de ese pícaro defecto,» y otras tantas me ha contestado: «Señor, es imposible; más fácil me sería aprender á lidiarlos que no aborrecerlos...» ¿Quién razona con un testarudo como éste?

Pues bien, iba diciendo que Roque, prevalido de la omnimoda confianza que se le dispensa, se ha permitido censurarme á su modo por mi artículo *La fiesta nacional*.

El lunes último, al entrar en mi cuarto con el desayuno, tuve lo debilidad de chancearme con él (no con el desayuno, sino con Roque) y se entabló entre nosotros el siguiente diálogo:

— ¿Qué dicen los periódicos — le pregunté — de la corrida de ayer?

— El señor olvida — me contestó — que ya no hay en casa más periódicos que la *Gaceta* y LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

Es verdad, hombre; te he aliviado de la carga que te habías impuesto de leer todos los días tres ó cuatro periódicos.

— Y además, bien sabe el señor que detesto los toros, los toreros, los que van á verlos, y... tente lengua.

— No te detengas. Ibas á decir, que detestas á los que hablan con entusiasmo de esa diversión.

— Iba á decirlo, es verdad; pero me acordé de que al señor le ha dado ahora la ventolera de escribir artículos sobre ese asunto, y no quiero faltarle al respeto.

— No tengas empacho; te relevo, por esta vez, de todo respeto.

— ¡Señor!...

— Lo dicho; habla de toros cuanto quieras y como quieras.

— Pero ¿no conoce usted?...

— No conozco más sino que tienes ideas muy falsas y preocupaciones muy ridículas respecto de las corridas de toros, y quiero que las vacies todas para convencerte de que no sabes lo que te pescas. Ea, habla, yo te lo mando.

— Pues bien, ya que el señor se empeña, diré que las corridas de toros son una... no sé como espresarme.

— Una reminiscencia de los tiempos pretéritos... ¿No es eso?

— No es eso precisamente lo que yo iba á decir: son, á mi entender, una barbaridad de los tiempos de ogaño.

— Hombre, la frase es poco culta.

— ¿Y cree el señor que ese espectáculo es más culto que la frase?

— Créo que podías espresar tu pensamiento con

ménos acrimonia; al fin, se trata de una fiesta eminentemente nacional...

— Yo no creo que debe dársele tal nombre; pero si tal quiere llamarse porque se conoce entre nosotros de muy antiguo, porque siempre se ha concurrido á ella y celebrado con gran aplauso, porque ya no se conserva en otro país alguno de la culta Europa, ¿quién podrá negar esta gloria á los españoles que la apetezcan?...

— Me parece mentira oírte hablar de ese modo.

— Sin embargo, — añadió Roque, después de una sonrisa burlona — creer que el arrojo y destreza de una docena de hombres criados desde su niñez en este oficio, familiarizados con sus riesgos, y que al cabo parecen ó salen estropeados de él, se puede presentar á la misma Europa como un argumento de valor y de bizarría española, es un absurdo...

— Pero ¿dónde diablos has aprendido todo eso?

— No me interrumpa el señor, porque si pierdo el hilo...

— Bien, hombre, prosigue.

— Y sostener que en la proscripción de esas fiestas hay el riesgo de que la nación sufra alguna pérdida real, ni en el orden moral ni en el político, es ciertamente una ilusión, un delirio de la preocupación...

— ¡Eh! alto ahí: es imposible que esas consideraciones sean de tu ganadería. ¿Dónde las has aprendido?

— Las he pillado — contestó Roque siempre con su gesto malicioso — en libros viejos que el señor tiene por ahí arrinconados.

— Valiente mentecato será el autor de tales vulgaridades.

— No tan mentecato como usted...

— ¡Desvergonzado!

— Como V. cree, iba á añadir... Si no me deja usted hablar. Digo que no debe ser tan mentecato, cuando el señor le cita como una autoridad, en cierto artículo.

— ¡Yo! — exclamé algo turbado.

— Si, señor; V. le pone por texto hablando de los espectáculos públicos.

— No recuerdo...

— No se canse el señor; las frases que he dicho de memoria son de Jovellanos.

— Bien, bien — le interrumpí poniéndome colorado.

— Don Gaspar Melchor de Jovellanos no puede ser hoy autoridad en materia de toros... Calle Gaspar y hable Roque. ¿Por qué te parece tan poco culta la fiesta nacional?

— Porque no me convencerán frailes franciscanos de que pueda admitirse como fiesta recreativa un espectáculo tan bárbaro..., quiero decir, tan salvaje... no, tampoco... tan, en fin, tan nacional como ese, que dejaría de ser nacional y de ser espectáculo, si en él no se derramara sangre.

— Eso, por probar demasiado, no prueba nada. La sangre que allí se derrama es casi siempre sangre de irracionales.

— Perdóneme mi amo si no me doy por convencido. De las tres potencias del alma, podrá faltarle el entendimiento y flojear la voluntad, pero lo que es la memoria...

— ¿Y qué te dice la memoria?

— Que, dejando á un lado picadores, banderilleros y chulos, y no contando medios-espadas, y no incluyendo todos los espadas enteros, y prescindiendo de heridas leves, han muerto á presencia de los entusiastas espectadores de las corridas de toros, gran número de diestros, sin duda porque los toros fueron más diestros que ellos.

— Exageración tuya.

— ¿Si? Pues vaya el señor apuntando, que yo iré diciéndolo:

El célebre Pepe-Hillo murió en la plaza de Madrid el año 1801.

Francisco García (a) *Perucho*, el mismo año, en Granada.

Antonio Romero, en 1802, también en Granada.

Su hermano Gaspar, pocos meses después en Salamanca.

Francisco Herrera Rodríguez (a) *Curro Guillén*, el año 1820, en Ronda.

Francisco González (a) *Panchón*, en 1842, de resultas de una cogida.

Manuel Parra, en 1829, por la misma causa.

José de los Santos, en Valencia, también por consecuencia de una herida.

Isidro Santiago (a) *Barragán*, en 1849.

José Rodríguez (a) *Pepete*, el año 1862, en Madrid...

— Es todo un martirologio, ciertamente; pero eso mismo es un argumento en favor del espectáculo. Si los aficionados á las lides taurinas siguen concurriendo á ellas, después de experimentar tan rudas emociones, es porque el terror y la pena que les produce una de esas catástrofes están neutralizados por la suma de emociones agradables y de puros goces que les proporciona la fiesta.

— Mire usted, señor, yo no entiendo de retóricas y discurro á mi manera. Contésteme usted con franqueza. ¿Vá la gente á los toros sólo porque le gustan las suertes de la lidia?

— Claro está.

— ¿Solo por admirar el valor, la destreza y la gallardía de los lidiadores?

— Si.

— No los lleva la idea de recrearse en la vista de los caballos vertiendo sangre y mucho ménos de los toreros volteados y heridos?

— Eso ni siquiera se pregunta.

— Pues figúrese usted que los gobernantes dieran en la mania de juzgar, como yo, que las corridas de toros son una reminiscencia, como usted dice, de los tiempos bárbaros y que una nación que se precie de culta no debe tolerarlos. Y figúrese usted que para quitar al espectáculo la parte de *bárbaro*, sin quitarle la parte de *nacional*, ordenasen que los toros sean embolados, ó por lo ménos que, como en tiempo de Isabel la Católica, se les coloquen sobre sus astas naturales las astas de otros toros muertos, á fin de que, quedando las puntas de estas vueltas hacia atrás, no puedan causar heridas, sino solamente contusiones.

— Pero ¿adónde vas á parar?

— Figúrese usted que se dispone que los picadores alanceen á los toros como quieran, sin esperar la arremetida de la fiera; ménos que esto aún, que los caballos lleven á modo de una armadura de acero que les resguarde del cuerno. Y figúrese usted, por último, que se hace imposible, ó cuando ménos *muy difícil*, que en las corridas de toros haya víctimas ni más sangre que la que derrame el toro al morir sobre la arena... ¿Cree usted de buena fe que la fiesta nacional tendría tantos partidarios?

— Hombre, es claro que eso que tu pintas á tu modo sería una mogiganga, no una función de toros, y que los verdaderos aficionados se alejarían de ella.

— Luego, confiesa usted que las corridas de toros solo ofrecen aliente cuando hay la esperanza ó la eventualidad de un serio peligro para los toreros. Luego, quedamos en que quitándole la parte verdaderamente bárbara, la fiesta podrá ser todo lo *nacional* que se quiera, pero no será una fiesta *divertida*. Luego...

— Basta, basta, Roque... No dices más que vaciedades y me haces perder el tiempo lastimosamente... La culpa es mía, que te tolero una familiaridad de que abusas algunas veces.

— Yo... como el señor me mandó que hablara...

— Pues ahora te mando que te calles. Y puesto que no tengo asunto á la mano para escribir el artículo acostumbrado, te sacaré á la vergüenza en las columnas de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, relatando todas las tonterías y sandeces que has echado por esa boca. Así en el pecado llevarás la penitencia.

Y como yo no amenazo en balde, ahí tienen ustedes el croquis de mi conferencia con Roque.

Pasado mañana, Dios mediante, nos veremos en la Plaza de Toros, y me dirán ustedes el juicio que han formado de ese criado del criado más humilde de ustedes

BLÁS.

DEL PODEROSO INFLUJO DE LA LECTURA SOBRE LAS COSTUMBRES.

ARTÍCULO PRIMERO.



A lectura, este noble ejercicio, según decía un sábio, «es para el alma lo que el alimento para el cuerpo.» Compuesto el hombre de espíritu y de materia, debe atender tanto á ésta como á aquél, debe suministrarles á entrambos pasto, y facilitarles medios para que se sostengan sin decaer. ¿Y qué pasto más adecuado para el espíritu que la lectura? Difícil es que todos los hombres puedan dedicarse á la meditación, y sobre todo que lo verifiquen por largo tiempo, porque no todas las almas tienen la suficiente fortaleza

para aislarse y para encontrar dentro de sí mismas suficiente copia de ideas que analizar y desenvolver; pero generalmente todos pueden encontrar en la lectura una conveniente y dulcisima distracción, que entretenga su alma, que la enriquezca con los tesoros de la ciencia y que la prepare para elevarse á consideraciones que la mejoren.

La lectura no es en la realidad otra cosa que un refinamiento del principio de sociabilidad. No solo comunicamos por este medio con los hombres vivos y presentes, sino con los ausentes y hasta con los muertos: no estamos limitados á oír el eco de sus palabras; sino que vemos sus pensamientos estampados en las páginas de los libros en que aquellos han adquirido cierto género de fijeza y de estabilidad. El hombre no se limita á hacer gestos y ademanes: habla; su palabra es un vínculo de unión con sus semejantes: pero el hombre, superior al bruto y casi igual al ángel, discurrió su duda por una inspiración divina el medio de materializar su pensamiento dándole consistencia, fijando las palabras en el papel, y con ellas los pensamientos que se agitaron en su mente y que á no ser por esto se hubieran perdido para siempre desvaneciéndose en la atmósfera del olvido.

Con la lectura recorremos la sucesión de las concepciones de nuestros semejantes; pasamos en revista la serie de sus pensamientos; y á la manera que en la linterna mágica se nos presentan diferentes cuadros que nos ofrecen el aspecto de objetos materiales, sosteniendo un libro en nuestras manos, al paso que vamos volviendo sus hojas, vamos sucesivamente pasando por los ojos de nuestra alma los diferentes pensamientos del autor que lo escribió, y que escribiéndolo, nos dejó el cuadro perenne de las operaciones de su espíritu.

La lectura es, pues, una ocupación propia de un ser racional como es el hombre, y con solo meditar acerca de esta operación, adquiriremos un convencimiento irrisistible de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma; porque sólo el espíritu es el que puede leer, sólo el espíritu es el que puede hallar en unos signos materiales, marcados con tinta y líneas, el pensamiento escondido que se trasparenta al través de los negros caracteres.

El hombre, para mejorarse, para perfeccionar su ser, debe consagrar una parte del tiempo á la lectura. Esta exige recogimiento, calma, aquel sosiego en que la razón desarrolla su imperio y comprime el impetu de los sentidos. El que lee medita; se abstrae de los objetos que enagenan la atención y se coloca en el centro de un mundo intelectual, en el que todos sus miembros quedan paralizados, excepto su cabeza, que se convierte en reina de su individualidad, y empuña el cetro de su poder.

No es extraño que llevando consigo la lectura tales ventajas, haya sido encomiada por diferentes escritores, atribuyéndole beneficios singulares. La lectura, dice un escritor, ha sido la pasión de los grandes hombres; es la que ofrece una distracción honesta; es la que suspende el sentimiento de las penas y endulza la amargura de los pesares; la que derrama luces sobre nuestra alma, poniéndonos en

contacto con países remotos que no hemos visto jamás; la que nos abre las puertas de la escuela de los más grandes hombres; la que disipa las tinieblas de nuestra ignorancia; la que nos pone en comunicación con la sabiduría de los vivos y de los muertos, y que nos proporciona consejeros desinteresados y maestros llenos de ilustración.

Y á la verdad, ¿quiénes sino los hombres que ó son grandes ó aspiran á serlo, que aman la virtud ó que se hallan con cierta predisposición á ejercitarla, son los que se dedican á la lectura? Esta afición es señal evidente de que el alma se despegue de las cosas terrenas, que tiene una inclinación á goce superiores, á los placeres del espíritu, que dá la preferencia á éste sobre la materia. Difícil es, de lo contrario, que se complazca el hombre en recorrer las páginas de un libro y que anteponga este silencioso goce á los estrepitosos saltos de un baile, á la algazara de las francachelas y los á tumultuosos y corruptores pasatiempos de esas diversiones que causan el embrutecimiento y que apagan los resplandores del alma.

La lectura usada con templanza eleva las potencias intelectuales, y sobre todo produce un recreo pacífico que no cansa, que no fastidia y que deja en el espíritu un sabor de dulzura y de tranquilidad. Cuando separa el hombre los ojos del libro, lejos de hallar en su corazón un vacío, en el cuerpo un cansancio y un penoso desasosiego, experimenta una deliciosa satisfacción, porque el alma se halla fecundada con la relación de hechos interesantes, con la expresión de verdades, con la noticia de particularidades que excitan recuerdos agradables: así como el caminante que en su viaje, en medio de los calores del estío halla una fuente, se refrigera bebiendo sus cristalinas aguas, así también el hombre en el curso de la vida halla descanso en la lectura de un libro ameno, que produce una honesta y apacible distracción en su mente, la cual queda refrigerada y complacida por este medio.

Pero el principal influjo de la lectura es la dulcificación de las penas, el olvido de los pesares, cuando afligen al hombre dolorosos recuerdos, punzantes pensamientos que le privan de la tranquilidad y que le atormentan, en la lectura halla un lenitivo á sus dolores. Poco á poco su imaginación se interesa, y transportado á un mundo nuevo por decirlo así, llega á embotarse el dolor que le agobiaba y á disiparse la niebla que cubría su corazón. Así como el que se embarca, y pone al viento las velas del buque, insensiblemente se separa de las costas, del mismo modo el que toma un libro y lee, paulatinamente se aleja de la región del dolor en que moraba, y como por encanto vé que se disipan sus angustias ó cuando ménos que menguan, haciéndose su tristeza ménos intensa, y convirtiéndose en un sentimiento dulce.

Tal es el influjo de la lectura, que no produce el efecto del sueño que postra los sentidos, sino que causa un arrobamiento que embelesa el espíritu y que le dá conciencia de sus emociones.

Una de ellas es el placer que resulta de la difusión de la luz. Nacido el hombre para la verdad, su descubrimiento le enagena y le causa satisfacción: la Escritura nos habla de la alegría de la mujer que encontró la margarita que perdiera. El alma del hombre, oscurecida por las tinieblas del pecado original, cuando en el horizonte de su ignorancia vé abierto un claro en el que brilla un destello de luz, se llena de complacencia; parece que entra en posesión de una parte de los bienes de que fué desheredado por culpa de sus progenitores, y que vuelve á halagarle la esperanza de recuperar lo perdido. Los libros estudiados y meditados son los que facilitan la adquisición de la verdad, y los que, ya directa ya indirectamente, contribuyen á proporcionar á los hombres esa dulzura interior que inunda el alma cuando entra en posesión de una verdad.

No es extraño que entonces se experimente un género de delirio; que Arquímedes, embebido en la resolución de abstrusos problemas, no vea brillar las espadas de los soldados, y que su cuerpo reciba la muerte casi sin experimentar agonías, porque su inteligencia se hallaba absorta en la esfera de la ciencia. Los mártires, prescindiendo de la gracia celestial que les confortaba su principal auxilio, sentían ménos los tormentos porque sus almas parecen que moraban en el mundo de los espíritus y sus ojos in-

telectuales se recreaban en la contemplación de las verdades divinas.

El hombre estudioso, sin salir de su gabinete, recorre las regiones más apartadas, se pasea por los países más remotos, visita los planetas y las estrellas, admira la sabiduría del Criador examinando la grandeza y los portentos de sus obras, y forma del poder de Dios y de las creaciones del Universo una idea más sublime que la que, encenagados en la sensualidad, únicamente miran los objetos por el lado que puede servir á la satisfacción de sus necesidades corporales. ¿Qué placer no resulta asimismo de ponerse en contacto con los sábios de la antigüedad y de siglos apartados, recogiendo en sus escritos las máximas eminentes de la moral, sus descubrimientos en las ciencias, en suma, los tesoros de las inteligencias privilegiadas! *Las noches sobre el sepulcro de los Escipiones* realzan la idea de los placeres que proporciona el trato con los antiguos; y el arqueólogo que encuentra un busto, un capitel, un trozo de columna ú otro vestigio de las pasadas generaciones, se estasia más que el minero que descubre el filón del metal, objeto de su codicia.

Todas estas y otras muchas son las ventajas de la lectura aun en los asuntos profanos; pero cuando toma por materia los libros santos y las ciencias espirituales y religiosas, puede compararse con nada la dulzura é íntima satisfacción que anega el alma? La palabra del Eterno, más dulce que los panales de la miel hiblea; los santos misterios, la caridad inmensa de Dios que brilla en el Evangelio, el estro de los Salmos de David que, ó bien narra las glorias de Dios, la magnificencia de su trono, ó bien le dirige los gemidos del arrepentimiento, encierran una sublimidad incomparable, son páginas elocuentes que causan una impresión profunda, que arrebatan, que entusiasman y que además encienden esa hoguera del amor divino en los corazones; amor que desciende después sobre la tierra como los rayos del sol, como el rocío de las nubes que vagan por el espacio.

Diferenciense la lectura de los libros santos de la de los profanos, aunque sean buenos, en que aquellos producen una unción que se patentiza en las obras; engendran la virtud, hacen nacer la caridad y dan á todos los propósitos que originan ese tinte celestial, esa fortaleza que no acompaña jamás á las obras de los hombres.

Después de haber demostrado las escelencias de la lectura, vamos á demostrar asimismo en otro artículo la benéfica influencia de los buenos libros, y los fatales resultados que ocasionan los malos.

MARIANO NOGUES.

ARTE LITÚRGICO

LOS COLORES EN LOS MONUMENTOS Y RITOS DE LA IGLESIA.



HAN tenido los colores en todo tiempo un sentido simbólico. Dios mismo en el Antiguo Testamento había ordenado el color de las tiendas, de los tabernáculos y el de los vestidos de los sacerdotes y levitas durante el sacrificio.

El cristianismo se ha inspirado en este ejemplo, y los Padres de la Iglesia han intentado interpretar el sentido simbólico de los colores que menciona la Sagrada Escritura, conformándose los cristianos de todas las épocas á estas interpretaciones, ya en las pinturas de las Catacumbas y en los mosaicos de los templos, ya en sus ornamentos sagrados, de diverso color segun las solemnidades. San Carlos Borromeo considera los colores como jeroglíficos de los secretos del Cielo, y Baronio como utilísimos para encender la piedad de los fieles.

I. *El blanco.*—Siendo este color la reunión de todos los rayos luminosos, reflejados sin alteración, conviene principalmente á la verdad, *tinctura veritatis*, como dice San Clemente de Alejandría.

Por esta razón se atribuye:

1.º A Dios Padre, verdad por esencia inmutable y única; por esta razón en la visión de Daniel (capítulo 7, v. 9), el anciano de los días aparece con hábitos blancos como la nieve y con cabellos tan blancos como la más pura lana. Por ser blanco y brillante á la vez el maná, está representado como el símbolo de la palabra de Dios *Manna est verbum Dei: quid enim candidius, quid splendidius eruditione divina?* dice Orígenes (*Hom. 7. in exod.*), y en idéntico sentido llama San Gregorio de Niza á la verdad evangélica, *lilium sermonis*, lirio del discurso. San Bernardo también se sirve de esta figura.

2.º A Jesucristo. Aunque en el uso ordinario de la vida el Salvador se sirvió probablemente de vestidos vulgares, aparece vestido de blanco cuando se presenta como Dios, ya en el Thabor (Marc. 9, 2), ya ante Pilatos (Luc. 23, 11), ya en la visión de San Juan al principio de su Apocalipsis. Los antiguos mosaicos de la Iglesia de San Cosme y San Danián, de Santa Agueda en la Suburra de Roma, de la capilla de San Aquilino en la Iglesia de San Lorenzo en Milán y en todos los monumentos donde se presenta como *maestro de la verdad*, ya entre los doctores de la ley, ya entre los apóstoles, vése vestido de blanco, y blanco será el trono en que tomará asiento el Hijo de Dios en el juicio final: *Vide Thronum*, dice San Juan (Apoc., 20, 11), *magnum candidum et sedentem super eum*.

3.º A los ángeles. La Sagrada Escritura los muestra vestidos de blanco en las diversas apariciones que menciona, como la del ángel que ayudó á Júdas Macabeo contra Lysias (2 Macch. 11, 8), la del que se mostró á Daniel en las márgenes del Tigris, las de los que anunciaron á los pastores el nacimiento del Salvador, á las Marias su resurrección, etc. La razón nos la suministra San Dionisio Areopagita diciendo que son parecidos á Dios: *Significare existimo Dei formas (De celesti hierarch., capítulo XV).*

4.º A los Santos en general, que por sus obras fueron en la tierra imágenes vivas de Jesucristo. En el grande arco de la Basílica de San Pablo, estramuros, vése multitud de personajes vestidos de blanco que presentan coronas ante el trono divino. Los unos, que tienen la cabeza descubierta, representan probablemente á los Santos procedentes del paganismo, y los otros que están cubiertos, á los del judaísmo.

5.º A los sacerdotes en las funciones sagradas. En la ley antigua, el sumo sacerdote Aaron llevaba túnica, cinturón y tiara blancos, color que fué adoptado desde el principio por los Pontífices y sacerdotes cristianos, como lo prueba Benedicto XIV en su tratado de *sacrif. missae* apoyado en la autoridad de San Gregorio de Tours, de Fortunato y de San Isidoro de Sevilla. Después, cuando se introdujeron otros colores en los ornamentos sagrados, siempre se conservó el color blanco en el alba, amito y en la casulla y apa pluvial, etc., en las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascuas, Todos Santos y otras.

6.º A los catecúmenos, que llevaban hábitos blancos ocho días después de su bautismo.

7.º Al Soberano Pontífice, que es el representante de Jesucristo en la tierra y el infalible depositario de la *verdad*: en las grandes solemnidades se adornaba de paños blancos la cátedra en que se asentaba el Obispo para anunciar la *verdad divina*.

8.º Entre los primitivos cristianos, como también entre los judíos, envolvíanse en lienzo blanco la cabeza y miembros de los difuntos, como lo prueba entre otros Sulpicio Severo (Vida de San Martín), y especialmente el poeta Prudencio (*In exeq. defunct. v. 49*).

Candore nitentia claro
Pretendere lintea mos est.

El color blanco es, pues, el símbolo de la *verdad* en Dios por esencia, y en el hombre por comunicación.

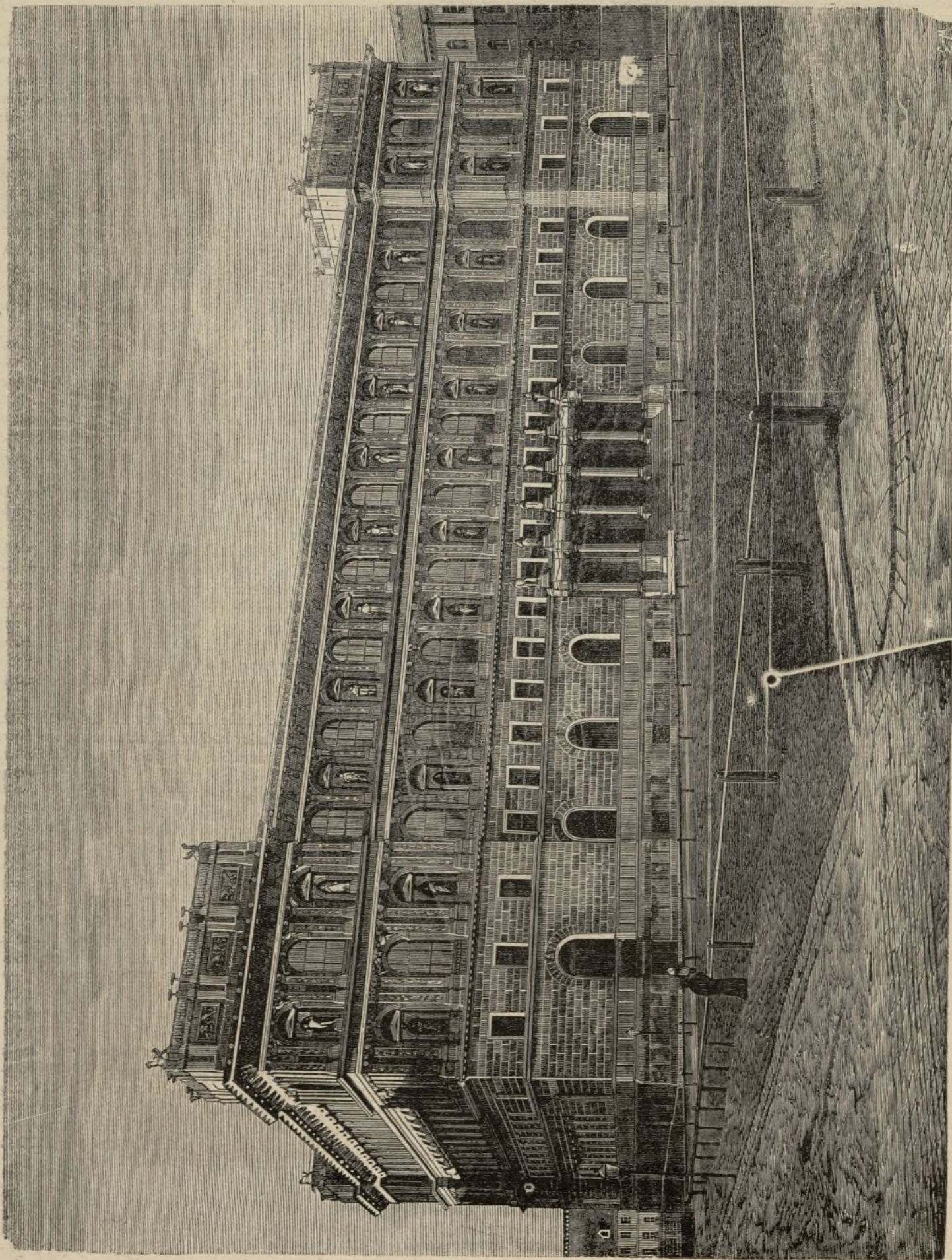
II. *El rojo.*—Por su parecido con el fuego, el color rojo es el símbolo del amor ardiente y activo. Nuestro Señor en el Cantar de los Cantares es llamado por la esposa *candidus el rubicundus* (v. 10): *candidus* por ser Hijo del Eterno Padre, *candor lucis aeternae* Sap. 7, 26, *et splendor gloriae Patris* (Hagbr. 13); *rubicundus* porque de El, como del Padre, procede el amor divino. Por esta razón

en los antiguos monumentos se representa vestido ya de una túnica, ya de un *pullium* rojos, ó con los dos á la vez. El monograma de Cristo, por recordar su ardiente caridad para con los hombres, estaba bordado en la cima del *Lábarum* de Constantino sobre un trozo de púrpura: la cruz se pintaba en los primeros tiempos de rojo en memoria de la Sangre del Cordero divino que la había regado, y en tiempo

consumación del amor; segundo, en la fiesta de Pentecostés ó del Espíritu Santo, personificación del Amor divino; tercero, en la festividad del *Córpus*, el rito ambrosiano adopta el encarnado porque considera este misterio como la obra maestra del amor de Jesucristo á los hombres, mientras que el romano emplea el blanco porque contempla en él un especial *mysterium fidei*.

espresando de este modo la causa en vez del efecto.

III. *El verde*.—Indica la vida en el reino vegetal. Por esta razón las lenguas lo han empleado metafóricamente y las artes figurativas en un sentido simbólico para designar la vida en estado permanente. Este color se atribuye á los ángeles, porque siendo espíritus puros hay en ellos, según San Dionisio Areopagita (De coelest. hierarch. c. 15), «algo



NUEVO PALACIO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE BELLAS ARTES EN VIENA.

de Beda, el Santo Sepulcro estaba pintado de blanco y de rojo, por haber servido de asilo al Cuerpo del que es por esencia *verdad* y amor.

Hállanse en los antiguos monumentos cristianos algunos ángeles que tienen las alas rojas y erótes que son serafines, cuyo nombre *Seraphi* significa plenitud de amor. Para simbolizar el amor, usa la Iglesia el color rojo ó encarnado, primero en las fiestas de los mártires, cuyo sangriento sacrificio es la

los vestidos de los Cardenales son rojos para manifestar la caridad y el recuerdo de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, de que debe estar lleno su corazón. Si los griegos usan de ornamentos encarnados en las solemnidades fúnebres, como antiguamente se practicaba en algunas iglesias de Occidente; si el Papa usa también este mismo color el Viernes Santo es para indicar que el amor es la fuente de la tristeza,

de juvenil y de verdequeante, *juvenile quidpiam est virum*.

Dante da también vestidos verdes y alas verdes á los dos ángeles enviados todas las noches por María para defender el valle del Purgatorio de la serpiente infernal (Purgat. cant. 8.º, v. 28.)

«Verdi, como fogliette pur mo nate,
Erano in verte, che da verdi penne
Fereosse traen dietro, ó ventilato»

Empléase también el color verde para significar la vida de la gracia que viven los justos, como *al contrario*, el color de la hoja seca se aplica á los malvados (Ezech. 20, 47). Los artistas antiguos y los de la Edad Media han pintado muchas veces á los santos con vestidos verdes. La Santísima Virgen ha sido pintada con traje de este color para indicar ya la vida de la gracia, jamás en ella estinguida, ya el

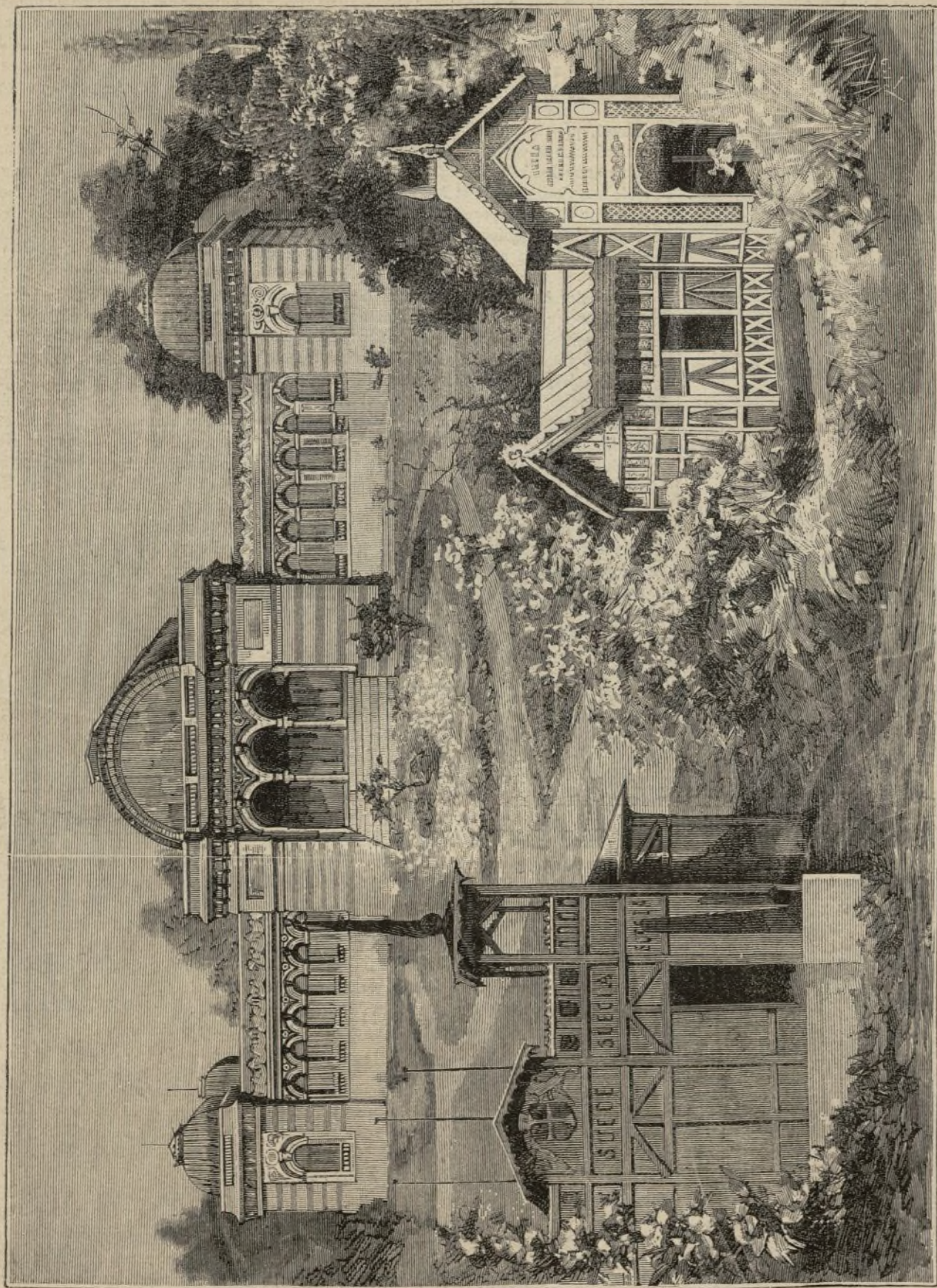
rientur in Christo, vivere non desinunt. (De rit. eccles. lib. 7.º, c. 25.)

Siendo el ciprés verde en su follaje é incorruptible en su madera, ha sido empleado con frecuencia en los monumentos para significar todo lo duradero é inmortal, entre otras cosas el alma y la resurrección de los cuerpos. El verde ha sido siempre el símbolo de la esperanza, y Dante que es el órgano de la an-

mayores sucesos á que está unida la vida del mundo al uno la vida natural por la creación que empezó en este día, al otro la vida de la gracia por la resurrección del Hijo de Dios que se verificó el mismo día.

IV. *El morado.* — Mezcla del rojo y negro, el color morado ha sido adoptado por la Iglesia como símbolo de la penitencia, que se compone de un acto de dolor por lo que sufrimos (el símbolo del dolor es el color

ACTUALIDAD NACIONAL.



ASPECTO GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE MINERÍA EN EL CAMPO GRANDE DEL RETIRO.

privilegio que la libertó de la corrupción del sepulcro. El mismo Jesucristo se ha servido del símbolo del color verde para significar la vida esencial de la santidad y de la justicia. *Si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet?* (Luc. 23, 31.) Y los artistas le han dado algunas veces vestidos verdes, queriendo indicar que es la vida por esencia. Algunas plantas que siempre están verdes y en especial los ramos de laurel se han colocado en las urnas sepulcrales debajo del cadáver, no con intención de hacerlo incorruptible, sino para significar, como dice Durando, liturgista del siglo XIII, «que los que mueren en Cristo no cesan de reverdecen, qui mo-

tigüedad, cuando dice (*Purgat Cant.* 29, v. 21) personificando esta virtud, que sus carnes y sus huesos se parecían á la esmeralda.

«L'altrera como se le carne l'ossa
Fossero state di smeraldo frate.»

La Iglesia romana ha adoptado el verde en las vestiduras sagradas de sus ministros en los domingos que hay entre la Epifanía y la Septuagésima, desde el tercero después de Pentecostés hasta el Adviento, porque en toda la antigüedad estos domingos fueron consagrados á recordar especialmente los dos

negro) y de un acto de amor en el motivo que nos determina á querer sufrir (el símbolo de amor es el rojo).

Habiendo sido la vida de Jesucristo sobre la tierra una continuada penitencia, algunas reliquias, fortalecidas por una tradición respetable, inducen á creer que llevaba vestidos morados.

Los monumentos antiguos, entre otros el mosaico de San Miguel de Rávena y el de San Ambrosio de Milán, lo representan con vestidos ó atributos de este color. Por idéntica razón, el morado se ha atribuido algunas veces á María, la madre del dolor; á Juan-Bautista, predicador del bautismo de peniten-

via, y á los ángeles cuando se presentan como enviados por Dios para traer á los hombres á la penitencia, ó en la actitud de respetuosa compasión en derredor del Verbo encarnado, el hombre de los dolores. Respetables tradiciones nos enseñan que los primeros cristianos se vestían con ropas moradas en señal de penitencia, y sabido es que los eclesiásticos llevaban hábitos morados de la más remota antigüedad: los abades de la Orden de San Benito llevaron este color hasta la época bastante reciente en que adoptaron el negro. El velo de las vírgenes en la antigüedad era morado, como lo atestigua San Jerónimo, que escribiendo á Eustaquio, habla de estos velos morados llamados *maforte* que flotaban sobre la espalda: *et super humeros hyacinthina lona maforte volitans*.

La Iglesia, que en todos sus ritos y ceremonias habla á los ojos para penetrar en el corazón y abismarlo en la adoración á Dios, prescribe el uso del morado para sus ornamentos sagrados en los días consagrados por ella á la penitencia (1).

U. S. C.

UN CUENTO DE ANDERSEN.

HISTORIA DE UNA MADRE.



UNA madre estaba sentada al lado de su niño; se hallaba muy afligida y temía mucho que se le muriese. ¡Estaba tan pálido! Los ojitos se le habían cerrado. El niño respiraba tan penosamente, que parecía como si suspirase, y la madre contemplaba aún más tristemente á la criaturita. De repente llamaron á la puerta, y entró un hombre pobre y viejo, que envuelto en una gran manta de caballo, porque ésta dá calor y bien lo necesitaba, pues era un invierno riguroso. Fuera, todo estaba cubierto con hielo y nieve, y el viento soplaba tan sutil, que cortaba el rostro. Y como el viejo temblaba de frío, y el niño dormía por un instante, la madre se fué y puso una ollita con cerveza en la estufa con el fin de calentarla para él.

Y el viejo estaba sentado meciendo la cuna, y la madre estaba á su lado sobre una silla, mirando á su niño enfermo, que respiraba tan profundamente. Cogiendo su manecita:

—¿No es verdad que tú también crees que lo guardaré? le preguntó.

«El buen Dios no me lo quitará.»

Y el viejo que era la Muerte misma, asintió de un modo muy singular; podía significar igualmente si ó no.

La madre bajó los ojos, y las lágrimas inundaban su rostro. Su cabeza estaba muy pesada, pues no había cerrado los ojos durante tres días y tres noches, y ahora dormía, pero solo un instante: entonces se despertó sobresaltada y se estremeció de frío.

—¿Que hay? preguntó y miró alrededor. Pero el viejo ya se había ido, y también su niño; él se lo había llevado consigo. Y allá en el rincón crujía y resonaba el viejo reloj; el pesado plomo corrió hasta el suelo —*pauff*— y el reloj se paró. Pero la pobre madre salió precipitadamente de la casa y llamó á su niño.

Fuera, en la nieve, estaba una mujer, cubierta con largos y negros vestidos, y ésta la dijo:

«La Muerte ha estado en tu cuarto, la vi alejarse con tu niño; corre más velozmente que el viento, y nunca vuelve á traer lo que ha tomado.»

—«Dime sólo qué camino ha tomado», dijo la madre. «Dime el camino, y la hallaré.»

—«Lo conozco», dijo la mujer de los negros vesti-

dos largos; «pero antes que te lo diga, has de cantarme todos los cantos que has cantado á tu niño. Me gustan mucho: ya los he oído; soy la Noche, y vi tus lágrimas mientras los cantabas.»

—«¡Quiero cantarlos todos, todos!» dijo la madre.

«Pero no me detengas ahora para que pueda alcanzarla, para que pueda encontrar á mi niño!»

Pero la Noche permaneció muda é inmóvil. La madre se retorció las manos; cantaba y lloraba. ¡Y eran muchos los cantos, pero aún más las lágrimas.

Y entonces dijo la Noche:

«Encaminate á la derecha, hacia el sombrío bosque de pinos; allá vi dirigirse á la Muerte con tu niño.»

En el bosque espeso había una enrejada, y ella no sabía qué dirección tomar. En el camino había un zarzal, que no tenía ni hojas ni flores; y no debe uno admirarse de eso, porque era el invierno frío, y los témpanos de hielo colgaban de los ramos.

«¿No has visto pasar á la Muerte con mi niño?»

«¡Sí, dijo el zarzal; pero no te diré el camino que ha tomado, si no quieres calentarme antes en tu pecho! ¡Me muero aquí de frío, me vuelvo puro hielo!»

Y ella estrechó el zarzal contra el pecho fuertemente, como para que pudiese deshacerse. Y las espinas penetraron en su carne, y su sangre corrió en gruesas gotas. Pero del zarzal brotaban frescas y verdes hojas; y empezó á florecer en la noche del frío invierno. ¡Tanto calor hay en el corazón de una madre afligida! Y el zarzal la dijo el camino que debía tomar.

Entonces llegó á un gran lago, en el que no había ni buque ni barquilla. El lago no estaba bastante helado para sostenerla, ni estaba tan desahogado, ni era tan poco profundo que pudiera vadearlo; y sin embargo, ella había de pasarlo si quería encontrar á su niño. Entonces se inclinó para beber todo el lago; cosa imposible para un hombre. Pero la madre afligida pensó que tal vez pudiese acontecer una maravilla.

«¡No; de esa manera no lo conseguirás jamás!» —dijo el lago.

«¡Antes veamos si podemos concertarnos. A mí me gusta reunir perlas, y tus ojos son los más claros que jamás he visto: si quieres dármelos, te llevaré al grande invernadero donde reside la Muerte, y cuida flores y árboles; cada uno de éstos es la vida de un hombre!»

«¡Oh! ¡qué no daría para encontrar á mi niño! —dijo la madre llorando, y vertió aún más lágrimas; y con éstas sus ojos cayeron al fondo del lago y se volvieron dos preciosas perlas. Entonces el lago la levantó como si se hallase en un columpio, y con una vibración la arrojó á la opuesta margen, donde había una maravillosa casa de una extensión asombrosa.

No se podía distinguir si era una montaña con selvas y cuevas, ó si estaba construida. Pero la pobre madre no podía verla, pues había dado sus ojos al lago.

«¿Dónde encontraré á la Muerte, que se fué con mi niño?» —preguntó.

«¡Aquí no ha llegado todavía!» —dijo una mujer vieja y canosa, que allí andaba por todas partes y había de cuidar del invernadero de la Muerte.

«De qué manera has podido llegar á este lugar, y quién te ha ayudado?»

«Dios me ha ayudado, respondió ella. Él es misericordioso y tú también lo serás. ¿Dónde encontraré á mi niño?»

«¡No lo conozco —dijo la vieja— y tú no puedes ver!»

Muchas flores y muchos árboles se han marchitado esta noche: la Muerte vendrá pronto para trasplantarlos. Tú sabes que cada hombre tiene su árbol ó su flor de vida, según la conformación del cuerpo. Tiene el aspecto de otras plantas, pero sus corazones palpitan. ¡Los corazones de los niños también pueden palpar! Piensa en esto: tal vez reconocerás la palpitación del corazón de tu niño. Pero, ¿qué me darás cuando te diga qué más has de hacer?»

«No tengo nada que darte —dijo la madre afligida, —pero quiero ir por ti hasta el fin de la tierra.»

«Allá nada tengo que me interese —dijo la vieja, —pero puedes darme tus largos y negros cabellos: tú misma sabrás que son hermosos, me gustan: ¡Pue-

des recibir en trueque mis cabellos blancos, al menos es algo!»

«¿No pides más? —dijo ella; —te los daré con placer!» Y le dió sus hermosos cabellos, y recibió en trueque las canas de la vieja.

Y entonces entraron en el gran invernadero de la Muerte, donde flores y árboles crecían confundidos maravillosamente. Allí había jacintos hermosos debajo de campanas de vidrio, y grandes y robustas peonías. Allí crecían plantas acuáticas, algunas muy frescas, otras medio enfermas; serpientes acuáticas se recostaban sobre ellas, y cangrejos negros se asían de sus tallos. Allí había magníficas palmas, robles y plátanos; allí había perejil y tomillo floreciente. Cada árbol, cada flor tenía su nombre; cada una era la vida de un hombre; los hombres aún vivían, el uno en China, el otro en Groenlandia, en todas partes del mundo. Allí había grandes árboles en pequeñas macetas, de manera que se hallaban con tanta estrechez que estaban á punto de hacer reventar la maceta; también había muchas delicadas florecillas en tierra jugosa, con musgo en rededor y muy atentamente cuidadas.

Pero la madre afligida se inclinó sobre las más pequeñas flores; oyó latir en cada una el corazón del hombre, y entre millones reconoció el de su hijo.

«¡Este es!» —esclamó y estendió la mano sobre una pequeña planta que, enteramente enferma, se doblegaba hacia un lado.

«¡No toques la flor, dijo la vieja, pero ponte aquí y cuando venga la Muerte, ¡la espero á cada instante! no consientas que arranque la planta, sino amenaza que harás lo mismo con las otras flores, y ella se pondrá inquieta, pues debe responder de todas á Dios; ninguna debe ser arrancada antes que él dé permiso!»

De repente se esparció un frío como hielo por la estancia y la ciega madre sintió que era la Muerte quien había entrado.

«¿Cómo has podido hallar el camino? —preguntó. —¿Cómo has podido llegar antes que yo?»

«¡Soy una madre!» —respondió ella.

Y la Muerte estendió su larga mano hacia la pequeña y delicada flor; pero ella la cubrió con sus manos enteramente pero con tanto cuidado, que no tocó una sola de las hojas. Entonces la Muerte sopló sobre sus manos, y la madre sintió que era más frío que el viento frío, y sus manos se bajaron débilmente.

«¡Contra mí no puedes hacer nada!» —dijo la Muerte. «¡Pero Dios puede!» —dijo ella.

«¡No hago sino lo que Él quiere!» —dijo la Muerte.

«Soy su jardinero. Tomo todas sus flores y todos sus árboles y los planto en el gran jardín del Paraíso, en el país desconocido. ¡Pero cómo crecen allá, y cómo es allá, eso no debo decírtelo!»

«¡Restitúyeme á mi niño!» —dijo la madre, y lloró é imploró.

De repente asió con las manos dos bonitas flores, y exclamó:

«¡Arrancaré todas tus flores, porque estoy llena de desesperación!»

«¡No las toques!» —dijo la Muerte.

«¡Dices que eres muy infeliz! y ¿ahora quieres hacer infeliz en el mismo grado á otra madre?»

«¿A otra madre?» —dijo la pobre mujer, y dejó en el mismo instante las dos flores.

«¡Toma tus ojos, dijo la Muerte. Los he sacado del lago; ¡brillaban tanto! ignoraba que fueran los tuyos. Tómalos, ahora son aún más claros que antes; mira en el profundo pozo aquí al lado. Te diré los nombres de las dos flores que intentaste arrancar, y verás todo el porvenir, toda la vida humana de ellas, verás lo que quisiste destruir y arruinar por completo.»

Y ella miró dentro del pozo, y era una dicha sólo el verlo, qué bendición para el mundo era una de las flores, y cuánta felicidad y alegría la rodeaban! Y la madre también miró la vida de la otra flor, y eran cuidados y necesidades, dolor y miseria.

«¡Ambas vidas son la voluntad del Señor!» —dijo la Muerte.

«¿Cuál de las dos es la flor de la desgracia y cuál la bendecida?» —preguntó ella.

—«No te diré yo cual de ellos es, —repuso la Muerte, pero ahí se encierra la suerte de tu hijo.

La madre enloquecida, cayó de rodillas, exclamando:

(1) Existen además en la Iglesia el color negro y el azul cerúleo ó celeste. El primero para interpretar ó representar el luto doloroso que nos produce la muerte, el segundo para simbolizar el misterio de la Concepción Inmaculada de la Virgen María. El color, sin embargo, más abundante y permanente de estos seis, es el blanco (de la Cruz)

— «Por Dios, oye mis ruegos y respóndeme de una vez: ¿le estaba reservada á mi hijo la parte horrible de ese espectáculo? dímelos sin rodeos, habla. ¿No quieres contestarme? ¡Oh! en la cruel incertidumbre en que estoy sumida, sería mejor que me le arrebatas antes de que corra el riesgo de sufrir tales desgracias. Quiero más que á mi misma al hijo de mis entrañas; caigan, pues, sobre mi todas las desdichas. Llévalo en buen hora al reino de los cielos y olvidé mis lágrimas y mis súplicas, mis palabras y mis sacrificios.

— «No te entiendo bien, — dijo la Muerte; vamos á ver ¿quieres, si ó nó, recobrar á tu hijo, ó prefieres que le conduzca á ese lugar desconocido de que no puedo hablarle?»

La madre entónces, juntando las manos y dirigiéndose al Rey de los cielos, exclamó: — No me escuchéis, Dios mío, si desde el fondo del corazón reclamo contra tu voluntad, que está siempre cifrada en lo mejor. ¡Oh! ¡No me escuches, no me atiendas!»

E inclinando su cabeza sobre el pecho, caía abrumada en la más terrible de las congojas, en tanto que la Muerte arrancaba el débil tallo de azafrán y volaba á trasplantarlo al jardín desconocido.

EL HÉROE DEL GÉBORA.

Al Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, conmemorando la gloriosa muerte del Brigadier D. José de Gabriel acaecida el 19 de Febrero de 1811.

I.

Mientras que del Estío y los cuidados
Que el voto popular te encomendára,
Alivio encuentras de mi dulce Cádiz
En la famosa, refulgente orilla,
Y el dormido laúd tal vez despiertas
A celebrar sus glorias, avezado
Siempre á vibrar con nobles sentimientos;
Yo recordando estoy aquí, en tu patria,
Fernando caro, la amistad antigua,
Que, al enlazarse con feliz coyunda
Nuestros deudos, nació, creciendo luego
De iguales gustos al calor: y ahora,
Desde que habito en los heridos muros
Que á Badajóz ilustran, se renueva
Más viva al corazón.

Tu Extremadura
Saludo con respeto: cuna insigne
De los grandes varones, cuyo brazo
Al Norte, al Sur, al Centro, el continente
Del Nuevo Mundo y de sus mares nuevos
Descubriendo y domando, la semilla
Que sembró el gran Colón, en gigantesca
Planta, que á España de laureles cubre,
Convirtieron magnánimos.

No sólo
En la región de Emérita famosa,
La propensión de conquistar el Mundo
Se trasmite en herencia: quiso el Cielo
Dulcificar su influjo belicoso
Por mano de las Musas, y el divino
Morales nació aquí, cuyos pinceles
A la celeste patria nos trasportan:
Zurbarán y Donoso, tiento y pluma
Celestiales también, aquí alcanzaron.
Luego el áura vital de la poesía,
Tierna en Meléndez, fuerte en Espronceda,
Suáve en la Coronado, se repite
De la Fama en los ecos.

Tú, Fernando,
Sigues sus huellas, y el aplauso logras.
Yo de Cadalso, el gaditano ilustre
Guiador del gran Meléndez, me ensayaba
Los cantos á imitar en mis niñeces:
Y el amor de la Patria, que rebosa
En el cantor de Filis, cuya lira
Delante Gibraltar saltó en pedazos,
Teñida en sangre, salvará mis versos
Tal vez del hondo olvido, que perdona
Su incorrección al canto, si levanta
En honor de la Patria sus clamores.

II.

¡Héme aquí en Badajóz! Desde la altura
Del destrozado arábigo castillo,

Que el Español al Franco disputára
Con denodado pecho, en lucha ardiente,
Y el Inglés contra el Franco sorprendiera
En cruenta noche, á España inolvidable,
Veo á mis piés correr las triples aguas
De Guadiana, Gebora y Ribillas,
Que armas y huesos ruedan con sus ondas.
Busco, y con ojo escrutador distingo,
Ya descompuesto el rostro, ó soterrados,
Del templo y torre de la sacra Orden
Alcantarina, los confusos restos.
Tiendo la vista en derredor, y miro
La ciudad, sus baluartes, tantas veces
Del Portugués furor tintos en sangre
Y en vano codiciados: satisfecho
Quedando Portugal, en suerte vária,
De batallas campales, donde alcanza
Mi vista á distinguir el valle, el monte.

III.

Mas el humo feliz de la contienda
Contra Francia me cubre esos recuerdos
De fratricidas luchas. Renovando
Las glórias del Salado, en la Albüera,
Castilla y Portugal sus almas nobles,
Que el Tajo templa iguales, sacudieron
Del Aguila imperial sobre las garras
Fulmineas, que con bélica fortuna
Asordaban el Mundo. Los desastres
Gloriosos de Gerona y Zaragoza,
Ejemplos de constancia, no numillada
De la contraria suerte, aunque vencida,
En Badajóz un enulo encontraron
Del héroe aragones y el granadino.

¿Por que, oh Menacho, tus preciosos días
Cortó el cañón francés, cuando tu acero.
Mas necesario era á la Patria? Escucha
De tus maternas gaditanas olas,
Hirvientes en tu honor, este saludo
Que viene á susurrar en la corriente
Del Guadiana...

Más, Fernando, ¿acaso
Tus compatriotas, la tajante espada
A par de la del héroe no esgrimían?
¡Oh Gébora, que aún lloras la derrota
Del Español Ejército, sorpreso
Por el audáz Frances, que no tragaste
Al pasar por tus ondas! La espadaña
Separa, que te cubre el viejo rostro
De lágrimas bañado; y esa urna,
Que vierte tu raudal, levanta al aire
Para que el sol la véa, y se refleje
Gozoso sobre el arco cristalino,
Al brillar de la gloria en un destello.

IV.

Fernando ¡mira al héroe! su caballo
Iracundo maneja: ya la Ciencia
Del Ingeniero, que aprendió del padre,
Y en más felices días cultivaba
De España en pró, la olvida para siempre,
Y sólo toma del furor consejo.
Vé el pánico desórden, y qué apénas
A guarecerse en Portugal camina,
Con marcial continente; exigua tropa,
Que vá el Francés á acuchillar... Entónces
Alza la vista al Cielo: la venera
De Alcántara, que cruza el noble pecho,
Oprime con el pomo de su espada,
Y ofrece su alma á Dios. Habla: electriza
A tres soldados que le siguen; raja
Los hijáres del bruto, y penetrando,
El polvo, el humo, el fuego, se abre paso
Hasta el Francés Caudillo, que encabría
Su corcel, y lo opone al furibundo
Golpe del Español. ¡Fuego! crispando
Las manos, grita á sus soldados; y alta
La cabeza, recoge con la muerte
El laurel inmortal; que sus contrarios,
Al clavarle en el pecho sus aceros
Atónitos admiran.

V.

¡Oh, Fernando,
Que el blasón de esta hazaña memorable

De tu déudo, trasmites á tus hijos,
Con otros láuros que á cantar no alcanzo!
Mi laud gaditano no se olvida
De tu materno Abuelo, (1) cuya cuna
Arrullaron las olas, donde luégo
Cádiz le vió vencer, en la alborada
De esa lucha entre el Águila rapante
Y el Leon Español. ¡Adios te queda!
Vuelve al Guadalquivir, en cuya orilla,
Cara á las musas y al amor, tu nido
Bajo sus verdes árboles sombréa,
Tierno cantor de Elisa: y, como siempre,
Aún más que yo cuidando de mis versos,
Mi bronca canturía aplaude y goza.

VI.

También saluda á la entusiasta amiga (2)
Joyel de nuestras Letras, que abrillanta
La sal del pueblo con hechizo urbano,
Y en la virtud engarza sus novelas,
Para realzar de España el atavío
Y hacerla amar del Mundo. Ella, benigna
Cuanto ilustre, sonar hizo mi nombre
Cabe el Elba y el Sena, en los escritos
De Wolf y de Latour: y con su pluma
Sus espontáneas gracias perfumando
Me dedicó en España una corona
Que nunca olvido, y recibí confuso.

En una flor, Fernando, de ese obsequio
Puso tu nombre en generoso arranque,
De paridad. ¡Oh, puedan algun día,
Del insigne Fernán profetizado,
Mi agreste Musa y la elegante tuya,
A la voz de la Fama, de la Glória,
Dadas las manos, remontarse al Cielo!

JUAN DE QUIROGA.

LOS GRABADOS.

Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Mariano Miguel Gomez,
Obispo de Vitoria.

Las numerosas peregrinaciones que se han celebrado en estos últimos años á los santuarios de Aranzazu, Arceniega y Orduña, han revelado el celo apóstólico del digno Obispo de Vitoria, cuyo retrato publicamos.

Nació este virtuoso y sabio Prelado, en la villa de Cervera de Río-Pisuerga, provincia de Palencia:

Siguió su carrera con gran lucimiento en la Universidad de Valladolid, obteniendo el grado de doctor en Teología y Cánones, y siendo nombrado Regente de cátedras de esta misma facultad, que desempeñó con gran maestría, superior á sus pocos años.

En 1852 fué nombrado, previa oposición, Canónigo Lectoral de Segovia, y en el mismo año, tras nueva oposición, no ménos brillante que la primera, Lectoral de Valladolid, en cuyo seminario desempeñó la cátedra de Sagrada Escritura desde esta fecha, y el Rectorado desde el año de 1864, ámbos cargos hasta fin de 1876.

En 14 de Febrero de este año fue propuesto para el Obispado de Segorbe; el 3 de Abril preconizado por Su Santidad y el 13 de Agosto consagrado solemnemente en la Colegiata de San Isidro, de Madrid.

Cuatro años desempeñó el Obispado de Segorbe, y en tan corto tiempo, visitó todas y cada una de las parroquias de su diócesis, administrando el sacramento de la Confirmación y predicando con paternal elocuencia la divina palabra; celebró concurso general para la provisión de curatos, y proveyó de Estatutos á la catedral.

El 15 de Noviembre de 1880 fue presentado para la Sede episcopal de Vitoria; el 16 de Diciembre del mismo año preconizado por Su Santidad; tomó posesión del Obispado el 25 de Marzo de 1881, é hizo su entrada solemne en la capital diocesana el 27 del propio mes.

El señor Obispo de Vitoria es hombre de profunda doctrina y al propio tiempo de talento muy práctico; por eso en el poco tiempo que lleva al frente de su nueva diócesis, ha llevado á efecto el novísimo arreglo parroquial, ha estudiado á fondo las necesidades de los pueblos y ha contribuido á fomentar el amor y el entusiasmo por las peregrinaciones, dando él mismo ejemplo con su asistencia y sus trabajos apostólicos.

El Sr. Gomez es un Prelado muy humilde; pero como Dios se complace en ensalzar á los humildes, el actual Obispo de Vitoria le veremos brillar en más alta gerarquía, para mayor trabajo suyo, y para mayor gloria de la Iglesia española.

(1) El ilustre Almirante D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, Virey que fué de Méjico, y vencedor en la Bahía de Cádiz, de la Escuadra Francesa del Almirante Rosilly, el 14 de Junio de 1808.

(2) Como desde luégo se comprende, cuando se escribió esta composición vivía aún la insigne Novelista que se encubría bajo el pseudónimo de Fernán Caballero.

Nuevo palacio de la Academia Imperial de Bellas Artes de Viena.

Si lo que llevamos gastado en Madrid en improvisar pabellones para los certámenes públicos se hubiese invertido en alzar un edificio sólido y estable, podríamos contar con un palacio tan bueno y acaso mejor que el representado en este grabado.

El cual reproduce fielmente la fachada principal del palacio imperial de Bellas Artes de Viena, suntuoso edificio en que se han invertido muchos millones; pero que vivirá con los siglos, siendo plantel de muchas generaciones de artistas.

Débase al emperador esta obra, pues si bien ha corrido la construcción á cargo del Estado, el emperador mirando, por el progreso de las Artes y por el ornato de la capital de su imperio, fué quien inició la idea y ha cuidado de que se llevase á cabo en poco tiempo y con el mayor esplendor posible.

Hoy es uno de los mejores edificios de Viena.

Aspecto general de la Exposición de Minería en el Campo Grande del Retiro.

La Exposición minera se celebra en lo que se llamaba Campo Grande del Retiro, sitio casi abandonado del público en sus paseos, cubierto de una pobre vegetación, y, por tanto, hábilmente elegido para trasformarle rápidamente y sin destrozo del arbolado ni perjuicio de los paseantes, en campamento de la ciencia, del arte y de la industria, cubriéndole con más de 60 cuerpos de edificio.

Colocados en el pabellón central, obra permanente, de mucho gusto arquitectónico, ideado por el arquitecto don Ricardo Velazquez, con la inteligente cooperación de don Joaquín Vargas, se extiende la vista por un bellísimo panorama de infinita variedad, en que sobresalen todos los estilos y todos los gustos: lo árabe y lo griego; lo gótico y lo romano, el renacimiento y la época moderna; todos los géneros de construcción, el de madera y el de hierro, el de barro y el de yeso: la efímera arquitectura de la choza y la cabaña; el techo de hierro de las grandes construcciones de la industria de nuestro siglo; el suntuoso palacio incombustible; la mansión reducida é higiénica del obrero, y el caprichoso kiosco oriental: el arte y el gusto, dando fama á los groseros productos de la tierra, y combinando admirablemente la ciencia y la naturaleza.

En nuestro grabado aparece principalmente el Pabellón Central que ocupa 30.000 piés de superficie, y se compone de una galería central con seis naves laterales. El ingreso, por la fachada principal se hace por una escalinata de mármol de 15 metros de anchura.

Este edificio es incombustible y está construido de ladrillo recocho, hierro, zinc y cristal. En cuanto á los adornos, que tanto llaman la atención del público, son del gusto del renacimiento y hechos de barro cocido en la fábrica del señor Santigós, y de azulejos de la fábrica de la Moncloa, cuyo empleo abre un ancho campo á una industria que puede llamarse de origen español, y que indudablemente ha de tener un gran porvenir.

Como el edificio está destinado, no sólo á exhibir las manifestaciones de la riqueza nacional, sino á otros fines de muy variada índole, se ha procurado que en su disposición, y singularmente en la entrada de luces, pueda fácilmente adaptarse ó modificarse, según requiera el objeto á que se dedique. Y así, por ejemplo, aparte de las luces de las ventanas, tiene dispuesto todo el Palacio luz zenital, indispensable para cuando las Exposiciones de Bellas Artes sustituyan á la de artes metalúrgicas.

Este edificio le había destinado la Dirección facultativa á la Exposición de aquellos objetos delicados, como platería, industrias en hierro repujado é incrustaciones del oro en el hierro, colecciones de minerales, cerámica suntuaria, cartas geológicas, etc. etc.; pero las necesidades y exigencias de última hora han sido causa de que también se esponga allí algo de maquinaria.

Añadiremos por vía de complemento á estas noticias, la lista ó catálogo de las principales instalaciones. Palacio principal, ya descrito; pabellón Real; anejo para minerales y aguas; anejo para cerámica; galería para máquinas: pabellón del cuerpo general de Minas; pabellón del cuerpo de Artillería (todos éstos del Estado); minas de Almadén; galería de las fábricas de Alemania; pabellón de Asturias; pabellón de las minas de Linares; cerámica de la Moncloa; pabellón de la Felguera; fundición de Miéres; pabellón de piedra de La Pizarra; instalación de Girona; de Barcelona; pabellón de Bilbao; hullas de Belmez; pabellón de Suecia y Noruega; pabellón de las Minas de hierro del Pedroso; pabellón de zinc de la Real Compañía asturiana; minas de Río-Tinto; maquinaria de Humbolt y compañía; fundición alemana de Osnabruch; maquinaria inglesa; cerámica de Valdemorillo; Esperanza de Orbo; ferro-carril minero y bocamina, etc., etc. Hay además lindos kioscos, como el de los yesos del Barón de Benifayó, el de azufre de Almería, los cristales de la Granja, el de abonos minerales de Saez Utor, etcétera, etc., y también caprichosas pirámides de azufre, hierros, carbón y monumentales lingotes de mineral, etcétera, etc.

Antonio Perrenot de Granvela, Cardenal de la Iglesia Romana y ministro de Carlos V. y de Felipe II.

Nació este ilustre personaje, cuyo nombre suena tanto en nuestro siglo de oro, en Besançon en 1517; fué hijo de Nicolás, también hombre de estado, que intervino en las negociaciones de paz después de la prisión de Francisco I.

El joven Granvela descubrió desde su niñez tanto talento que fué la admiración de sus maestros; así se explica la rápida carrera, pues á los veintitres años fué nombrado obispo de Arras. Con este título asistió al concilio de Trento, donde se distinguió sobre manera, mereciendo ser nombrado luego consejero de Estado. Reemplazó á su padre en la confianza del emperador, contribuyó al matrimonio de Felipe II con María Tudor, y después de la abdicación de Carlos V., fué encargado del Gobierno de los Países Bajos con Margarita de Parma. El fué uno de los principales negociadores de la paz de Cateau-Cambrésis.

Felipe II, que sabía apreciar á los hombres de mérito, le recompensó por sus buenos servicios; presentándole para el arzobispado de Malinas en 1560, y pidiendo para él un capelo, que le fué concedido al año siguiente. Habiéndose visto obligado, por la difícil situación de los Países Bajos, á mudar el gobierno, el Cardenal se retiró á Besançon, desde donde en continúa correspondencia con Felipe II continuó ejerciendo gran influencia en el gobierno de sus reinos.

En 1570 fué nombrado Virey de Nápoles, cargo que desempeñó con gran acierto, mostrándose además gran protector de las ciencias y de las artes, en que era tan competente. Felipe II, prendado cada vez más del mérito de su ilustre servidor le llamó á Madrid para que le ayudase en el gobierno, y en efecto, en 1575 le vemos al lado del rey, desempeñando el cargo de consejero íntimo.

La aspiración del Cardenal era volver á su país natal, y para lograrlo se hizo nombrar en 1584 arzobispo de Besançon; pero antes de lograr sus deseos, murió en Madrid, con mucho duelo del rey y de la corte.

La *Correspondencia*, que se guarda en Besançon, forma más de 80 volúmenes, y encierra toda la historia diplomática de su tiempo. M. Veiss ha publicado en diez volúmenes, algunas copias y un curioso extracto en su *colección de documentos inéditos relativos á la Historia de Francia*.

EL MÁRTIR DE UN SECRETO.

histórico.

POR RAULD EN AVERY.

(Continuación.)

Las dos mujeres rezaron mucho tiempo; después, tranquilas, se durmieron.

Por la mañana, Margarita se levantó y fué á casa de una vecina para que le prestase un poco de leña y unas patatas.

La escasez aumentaba de un modo cruel. Jamás ningún invierno la pobreza había caído tan rudamente sobre estos desgraciados. Los más ricos habían dado todo lo que podían. Los campos estaban desnudos, los graneros vacíos. De cuando en cuando se veían pasar vacas por los caminos; buscaban en las tierras trabajadas una raíz que se había dejado, una yerba. El hambre cambiaba en espectros á los habitantes del pueblo. El cura Fritz-Roy sacrificaba sus últimas fuerzas. Cuando penetraba en las chozas vacías donde no podía llevar nada, su alma se inundaba de tristeza. Pobre como sus desgraciados hijos, les daba al menos las riquezas inagotables de su alma.

De cuando en cuando iba á casa de Isabel. Adivinaba la miseria de las dos mujeres, sin que le fuese posible aliviarla. Una mañana, vió que Ryán salía de su casa y comprendió que la ruina de la viuda y de la joven estaba consumada.

Margarita, la primera, habló á Isabel de vender la choza.

—¿Qué será de nosotras después? preguntó Isabel.

—Lo que Dios quiera; los tiempos no serán siempre tan malos.

—Pero, hija mía, esta casa y este campo son tu herencia.

—Mi herencia, mi fortuna, es mi abuela, mi pobre abuela que tiene hambre... cuando venga la buena estación, encontraré trabajo, y aunque fuera necesario vivir lejos de aquí...

Isabel dió un profundo suspiro.

—Quisiera haber muerto, dijo ella, mi palabra, lo quisiera... por mí vas á privarte del solo abrigo que te queda, y quién sabe, hija mía, cuán dura te será la vida... déjame que me apague suavemente... no vendas la casa, se nos echará y tendrás que errar por los caminos como una mendiga.

—No pienso en mañana, abuela, y no os inquietéis

por mí... lo que yo quiero es aliviar un poco vuestra ancianidad, y no obtendréis el que renuncie á la felicidad de devolveros los cuidados que habeis tenido conmigo... perdonadme, abuela, si insisto aún, es menester que se venda la casa...

—¿Has hablado á Ryán?

—Sí, abuela.

—Ya no sirvo para nada; para nada más que para ser una carga pesada...

—¡Oh, Margarita, Dios te ha de recompensar!

—Moriré joven, respondió la huérfana abrazándose á su abuela.

Al día siguiente se concluyó el negocio.

Triste negocio. Ryán pagó tanto menos cuanto el año era más duro, y mayores las necesidades de los pobres.

Sin embargo, hubo tranquilidad algunos meses en la pobre casa. Se quedaron en ella Isabel y Margarita, dando una retribución. Se les había contado un poco de dinero, y Ryán envió provisiones lo menos para seis meses. Pero el que la había comprado estaba libre de entrar en posesión de la casa cuando quisiese y arrendaba por meses la miserable casa á las dos mujeres; además, habiendo insistido en comprar la casa amueblada, el día en que Ryán quisiese gozar de su adquisición, Isabel y Margarita se encontrarían sin asilo y sin muebles.

A pesar de sus inquietudes por el porvenir, Margarita afectaba gran tranquilidad. Compró lino y se puso á hilar. Al cabo de quince días, se fué á la ciudad á vender su hilo; pero después de mil pasos, lo vendió de tan mala manera, que tuvo que renunciar á la esperanza de sostener á su abuela con un trabajo de esta clase.

Pensó entonces en entrar de criada en una familia. Para esto tendría que irse del pueblo.

¿Qué se haría entonces de su abuela?

La pobre criatura hubiera preferido morir antes que separarse de la abuela.

Mientras más avanzaba el invierno, más aumentaba la miseria en el pueblo. Si la primavera terminaba, el frío rodaba la intensidad del hambre.

La escasez del invierno era casi una escepción, porque ordinariamente no empieza sino en Abril, para terminar en Agosto.

Para el labrador que no recoge trigo, el precio del alquiler es siempre demasiado pesado, y de todas las cosechas, la de la patata es la más ventajosa. Uno de los grandes inconvenientes de este cultivo, es la dificultad de mandar los productos á distancias grandes. Muchas veces, un pueblo irlandés goza de abundancia, mientras que no lejos de allí, otro está en la mayor escasez. Los medios de transporte faltan. Después, como las patatas no se conservan, no se puede hacer provisión durante un año fértil para proveer á la próxima escasez. Por eso, el pobre agricultor no puede, agoviándose de privaciones, pagar su arrendamiento ni sostener su familia. Sabe que todos los años, haga lo que haga, el hambre llamará á su puerta. En germinando las patatas en su granero, tienen que ayunar, él, su mujer y sus hijos.

XVI.

SIN UNA PIEDRA EN QUE REPOSAR SU CABEZA.

Las dos mujeres estaban sentadas en la sala.

Isabel leía en un gran libro; Margarita remendaba un vestido á su abuela.

La pobre abuela levantaba de cuando en cuando los ojos, y cuando veía que la joven estaba más pálida que nunca, y tiraba de la aguja con trabajo, juntaba sus manos temblorosas y se movían sus labios.

Hacia mucho tiempo que Isabel y Margarita estaban calladas. Los pensamientos que tenían habían debilitado su valor.

La una sufría por la otra y para la otra.

Sin embargo, el sol iluminaba el campo, los prados estaban verdes; se oían los cantos de los pájaros. Pero éstos gorgeos, estos murmullos, estas encantadoras alegrías de la naturaleza redoblaban la preocupación dolorosa de Isabel y de Margarita. Los pájaros encontrarían su alimento en la pradera; pero estas dos mujeres, ¿qué podían esperar? Su última comida se la había dado el cura Fritz-Roy, y Margarita se había visto en la precisión de mendigar...

Ayuntamiento de Madrid

lices para que se prolongue semejante prueba. Cuando sepa que estais en casa del cura, me inquietaré ménos, y podré encontrar más pronto un medio eficaz de protegeros contra el hambre...

— Toda la casa del cura Fritz-Roy está ocupada, hija mia... ¡nuestra casa, nuestra pobre casa!

— ¿Quién sabe si no volvereis á entrar en ella, abuela? venid, dejémos este cementerio, me hiela, me dá miedo...

Margarita ayudó á su abuela á levantarse, y las dos se dirigieron hácia el presbiterio.

El cura había salido. Margarita y su madre se sentaron junto á una ventana.

Después, uno de los enfermos pidió de beber, Margarita le llevó un vaso de agua, ofreció sus cuidados á cada uno, y cuando entró el sacerdote, la encontró junto á la cama de uno de los ancianos.

Fritz-Roy acogió á las dos con una piedad ierna y grave.

Cuando descendió la sombra en el campo, Margarita salió del presbiterio.

Un hombre que andaba con agitación la esperaba en el campo de los muertos.

En fin, ¡Margarita! dijo con voz oprimida en fin os habeis acordado...

— Venid cerca del sepulcro de Dunstán, — dijo ella.

— ¿Qué importa el sitio, ¿no podemos explicarnos aquí?

Es sobre su sepulcro donde quiero hablaros, Hugo Peadcock. No temo que su sombra bendita oiga lo que voy á deciros.

El miserable seguía á Margarita, titubeando.

Se paró cerca de la tumba, y como le faltaba la fuerza, se apoyó en el brazo de la cruz de madera negra.

— Hugo, replicó ella, — he sido la prometida de Dunstán; le había dado toda mi alma, no me queda que sacrificar más que mi vida...

Puedo prometeros obedeceros y seros fiel; no me comprometeré á nada más... Me habeis preguntado un día si consentía en ser vuestra mujer... No pensaba más que en mí y he rehusado... Pero después, la miseria nos ha visitado duramente... Estamos sin abrigo, y mi abuela tiene hambre... Sois rico, y me habeis prometido que á mi abuela nada le haría falta si me casaba con vos. ¿Me lo repetis aquí, en este sitio?

Hugo temblaba y callaba. Tenía miedo de ver levantarse un fantasma de la tierra de este sepulcro.

— ¿Salvareis á mi abuela? — repitió Margarita.

— Sí, balbuceó Hugo Peadcock.

— Y bien, entónces que me perdone Dunstán al faltar á mi promesa de fidelidad... seré vuestra mujer, Hugo.

— Dadme la mano en señal de alianza.

— En la iglesia y delante del sacerdote, Hugo.

— ¿Dónde nos casaremos, Margarita? no quiero casarme en esta iglesia.

— ¿Por qué, Hugo? ¿y dónde podemos implorar mejor la bendición del cielo que en esta iglesia donde me bautizaron, donde se casó mi madre? ¿Quién me bendecirá con más fervor y bondad que el cura Fritz Roy?



ANTONIO PERRENOT DE GRANVELA.

CARDENAL DE LA IGLESIA ROMANA Y MINISTRO DE CARLOS V Y FELIPE II.

Pero presentándosele el recuerdo de Dunstán, más dulce y más amargo, la jóven no pudo decir una palabra más.

— Está bien, — dijo Peadcock, se hará lo que queráis...

— ¿Y mi abuela, Hugo?

— Vivirá con nosotros.

— ¡Oh! si quereis habitarémos la casa de mi padre, la casa que Ryán...

— Es pequeña é insalubre; la mía es grande y sana... Yo traeré buenos muebles... No sereis labradora, sino una de las más ricas propietarias del país... Hugo posee sacos de escudos... y después, Margarita, os amo... Os amo tanto que me caso con vos, á pesar de que me aborreceis...

— No os aborrezco, Hugo.

— ¿Y no teniais más cariño á Dunstán que á mí?

— Estos sentimientos no pueden compararse...

Dunstán era mi prometido desde la niñez, mientras que vos...

— Pensais únicamente, casándoos, en que vuestra abuela pase una vejez dichosa.

— Esto es verdad, Hugo.

— No os acusaré de haberme engañado, al ménos...

— Cumpliré lo que he prometido, hé aqui todo.

— No me mirareis nunca como un marido, segun vuestro corazón.

Esto dependerá de vos, Peadcock, si os corregis de vuestros defectos.

— Me corregiré, Margarita; desde este momento mi vida ha cambiado.

— Y la mia ha concluido, — murmuró la jóven.

— Margarita, tendrais el valor de anunciar estanoche la noticia de nuestro casamiento?

— Si lo deseais, Hugo...

— A vuestra abuela, lo comprendo; os sacrificais por ella, pero al cura...

— Diré todo, Hugo, y esta misma noche.

— Permitidme que os acompañe, Margarita, yo tambien quiero hablar al cura.

La jóven se arrodilló junto al sepulcro de Dunstán, rezó un momento, despues levantándose, dijo á Peadcock. ¡Vamos!

Los dos se encaminaron silenciosamente hácia el presbiterio.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

La experiencia de los años que cuenta de vida **LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA**, nos ha hecho ver los inconvenientes que tiene el cerrar los tomos en Junio, siguiendo el año civil en vez del año usual.

Para ponernos en esta marcha regular, el tomo corriente, que es el VI, se prolongará hasta Diciembre, comenzando el tomo VII con el año venidero de 1884.



Recomendamos á las oraciones de nuestros amigos el alma de D. Tomás Breganciano Abad, padre de nuestro querido suscriptor el virtuoso presbítero D. Isidoro Braganciano Jimenez, cura de Recedos. R. I. P.

IMPRESA DE «LA CORRESPONDENCIA»—Paseo de las Yserías.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

PROPIETARIO, DON MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición contiúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. Tambien pueden remitir el importe en sellos de franqueo: pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Diaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.